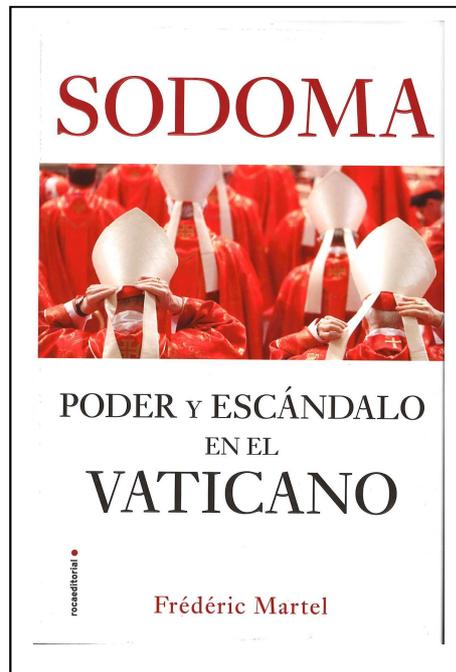


SODOMA Y SUS CODIGOS

Sistema perverso

El periodista francés Frédéric Martel ha publicado un libro titulado “Sodoma. Poder y escándalo en el Vaticano” (Rocaeditorial, 2019), una investigación sobre la homosexualidad clerical. La investigación ha durado más de cuatro años: “Han sido entrevistadas cerca de 1.500 personas en el Vaticano y en 30 países. De ellas, 41 eran cardenales, 52 obispos y monseñores, 45 nuncios apostólicos y embajadores extranjeros y más de 200 sacerdotes y seminaristas”.

Afirma el autor: “Pasé en Roma una semana de cada mes, incluso me alojé con regularidad dentro del Vaticano gracias a la hospitalidad de altos prelados”, “además viajé por el mundo, fui a más de treinta países, conocí los cleros de Latinoamérica, Estados Unidos y Oriente Medio para reunir más de un millar de testimonios”.



El libro “no trata de la Iglesia en su conjunto, sino de un tipo especial de comunidad gay; cuenta la historia del componente mayoritario del colegio cardenalicio y del Vaticano”. Según el autor, muchos cardenales y prelados de la curia romana comparten las mismas “inclinaciones”. El Vaticano tiene “una de las comunidades gais más numerosas del mundo”, una corporación que no se limita a casos excepcionales, “es todo un sistema” (pp. 7-12).

El autor precisa su propósito: “Quede bien claro que para mí un cura o un cardenal no debe avergonzarse de ser homosexual; al contrario, creo que debería ser una condición social como cualquier otra. Pero es necesario poner al desnudo un sistema basado, desde los seminarios más pequeños hasta el colegio cardenalicio, en la doble vida homosexual y, a la vez, en la homofobia más ostentosa”. Por supuesto, importan “los detalles”, pero también “las leyes que lo rigen”, es decir, las reglas, los códigos.

Según el autor, la homosexualidad clerical está relacionada con la ley del celibato: “Al prohibir a los curas casarse, la Iglesia se volvió sociológicamente homosexual”, “la sociología homosexual del catolicismo también puede explicar otra realidad: el fin de las vocaciones”. Durante mucho tiempo, los jóvenes que descubrían su homosexualidad o tenían dudas sobre sus inclinaciones optaban por el sacerdocio. Con la liberación homosexual de los años setenta y la socialización gay de los ochenta, las vocaciones disminuyeron: “el fin de las vocaciones tiene distintas causas, pero la revolución homosexual es, paradójicamente, una de las principales”.

“Cuánta suciedad en la Iglesia”, dijo el cardenal Ratzinger en 2005. También él descubrió la amplitud del problema en un informe secreto de tres cardenales. Ese informe “fue uno de los motivos principales de su dimisión”, “revelaba, al parecer, la omnipresencia de los homosexuales en el Vaticano, los chantajes y el acoso erigido en sistema”.

Una clave importante del libro es la guerra que le hacen al papa Francisco los cardenales conservadores: “Los cardenales conservadores, que son muy homófobos –y en la mayoría de los casos secretamente homófilos, han lanzado una campaña furibunda contra él basada en su supuesto liberalismo en materia de moral sexual” (pp. 13-15).

Francisco es el primer papa que utiliza la palabra “gay”. Lo hizo el 28 de julio de 2013 en el avión que lo llevaba a Brasil: “Se ha escrito mucho sobre el lobby gay. Todavía no he encontrado a nadie en el Vaticano que presente su carné de identidad como gay. Dicen que los hay. Creo que cuando te encuentras con una de estas personas debes distinguir entre el hecho de ser gay y el hecho de constituir un lobby. Porque no todos los lobbies son buenos. Ese es malo. Si una persona es gay y busca al Señor, si da muestras de buena voluntad, ¿quién soy yo para juzgar?...El problema no es tener esa tendencia, sino hacer de esa tendencia un lobby. Ese es el problema más grave a mi juicio” (p. 81).

Obviamente, el libro es explosivo, como lo es el asunto investigado. De entrada, surgen diversos interrogantes: ¿es un ataque a la Iglesia?, ¿es un servicio a la purificación de la misma?, ¿exagera el autor?, ¿la homosexualidad clerical se limita a casos excepcionales o es un sistema?, ¿son válidos los códigos de Sodoma?, ¿es un sistema que debe desaparecer?, ¿hay que volver a las fuentes de la Iglesia naciente? Se requiere un adecuado discernimiento. Veamos algunos aspectos más importantes.

1. Vía de escape, refugio

Francesco Lepore es napolitano, nacido en Benevento (Campania), traductor latino del papa, sacerdote reducido al estado laical. Vivió un tiempo en la residencia de Santa Marta. Al final, “tuvo que decidir entre el Vaticano y la homosexualidad”, “optó por la coherencia y la libertad”. El autor se entrevistó con él por primera vez cuando empezó su investigación: “Tenía pocos contactos dentro del Vaticano”, “fue uno de los primeros curas gais, después hubo varias docenas”.

El 15 de octubre de 2015 Lepore tuvo una llamada del Papa: “He recibido su carta. El cardenal Farina me la ha pasado y le llamo para decirle que estoy muy impresionado por su valentía y que he valorado la coherencia y la sinceridad de su carta” (pp. 21-25 y 39).

El cura napolitano relata su experiencia: “Mis padres eran católicos, pero no practicantes”, “desde muy pequeño sentí una gran vocación religiosa. Me gustaban las iglesias”, “me ordené sacerdote a los 24 años, el 13 de mayo del año 2000, año del Jubileo y del Word Gay Pride”, “siempre supe que era homosexual. Sentía una suerte de atracción-repulsión por esa clase de deseos. Crecí en un ambiente que consideraba la homosexualidad como algo intrínsecamente malo, leía libros de teología que la definían como un pecado”, “la vía de escape que escogí fue negar esa atracción sexual y desviarla hacia la atracción religiosa, de modo que opté por la castidad y el seminario” (pp. 26-27).

Es la primera regla de Sodoma: “Durante mucho tiempo, el sacerdocio ha sido la escapatoria ideal para los jóvenes homosexuales. La homosexualidad es una de las claves de su vocación”.

Comenta Martel: “Para el que no asume su sexualidad, incorporarse al clero es lo más sencillo: vive entre chicos, lleva ropajes, ya no le preguntan si tiene novia, sus compañeros de clase (que antes le gastaban bromas malignas) se muestran ahora

impresionados, quien era blanco de burlas recibe honores, quien pertenecía a una raza maldita se incorpora a una raza de elegidos, y Mamá, que...lo ha entendido todo sin decir nada, alienta esta vocación milagrosa. Y además de todo esto: la castidad con las mujeres y la promesa de celibato ya no dan miedo al futuro sacerdote, sino todo lo contrario, ¡acepta esa prohibición con alivio!” (pp. 27-28).

Es una constante que se da en muchos países: “En los años cincuenta y sesenta los homosexuales españoles escogían con frecuencia el seminario para librarse de su condición o de la persecución” (p. 407), “hoy en día los seminarios africanos, como los italianos de los años cincuenta, son lugares homosexualizados y espacios de refugio para los gays” (p. 381).

Según el autor, “a esta selección sociológica de los curas se suma una selección episcopal que no hace más que amplificar el fenómeno. Los cardenales homófilos favorecen a los preladados que tienen esas inclinaciones, y estos, a su vez, escogen curas gays. Entre los nuncios (embajadores del papa, que entre otras cosas son los encargados de seleccionar a los obispos), la proporción de homosexuales alcanza niveles altos”.

Es la segunda regla de Sodoma: “Conforme se asciende en la jerarquía católica, la proporción de homosexuales aumenta. En el colegio cardenalicio y en el Vaticano culmina el proceso de selección: la homosexualidad es la regla y la heterosexualidad la excepción” (pp. 28-29).

El cura napolitano llegó a la Casa Santa Marta a finales de 2003. Estuvo un año en la residencia, un “increíble centro de homoerotismo”: “Santa Marta es una sede de poder. Es una gran encrucijada de ambiciones e intrigas, un lugar donde hay mucha competencia y envidia”, “un número significativo de los que viven allí son homosexuales”, “a la hora de comer siempre gastábamos bromas alusivas. Poníamos motes a los cardenales, feminizándolos y toda la mesa se echaba a reír. Sabíamos los nombres de los que tenían un mancebo y los que se traían chicos a Santa Marta para pasar la noche con ellos. Muchos llevaban una doble vida, de día sacerdote en el Vaticano y de noche homosexual en bares y clubes”. Los homosexuales en el Vaticano no son una minoría, “el porcentaje es muy alto. Diría que del orden del ochenta por ciento”. Según Martel, esas comidas de chismorreos se dan también en la Casa Internacional Pablo VI, en la Casa Romana Sacerdotal y en los aposentos del Vaticano en que se hospedó (pp. 31-38).

Un embajador destinado en la santa sede le advirtió al autor: “En el Vaticano, como verá, hay muchos gays: ¿50%, 60%, 70%? Quién sabe. Pero ¡comprobará que entre los nuncios ese porcentaje es el máximo! En el mundo ya mayoritariamente gay del Vaticano ellos son los más gays”.

Es otra regla de Sodoma, la undécima: “La mayoría de los nuncios son homosexuales, pero su diplomacia es esencialmente homófoba. Denuncian lo que son. En cuanto a los cardenales, obispos y sacerdotes, ¡cuanto más viajeros, más sospechosos acaban siendo” (pp. 356-358).

Mediada su investigación, el autor fue invitado a residir en la Casa Internacional Pablo VI: “El arzobispo Francois Bacqué, un nuncio apostólico francés jubilado, me propuso reservar una habitación para mí”, “bastó su recomendación para que me fuera a vivir al sanctasanctorum de la diplomacia vaticana” (p. 349).

Cuando llega el buen tiempo, dice Martel, la Casa Internacional se prepara para el verano: “Vemos a unos jóvenes secretarios de nunciaturas que han perdido el alzacuellos charlando delante de la verja, antes de la queda, con camiseta beis ajustada y pantalón corto rojo”, “en mis tiempos un cura nunca se habría puesto un short rojo así”, observa disgustado el arzobispo Bacqué (pp. 355-356).

En uno de sus restaurantes preferidos de Roma, el autor encuentra a un camarero que posó para un famoso calendario de guapos seminaristas. Es gay, pero no ha sido seminarista: “Nunca lo he sido, dice. Posé hace mucho tiempo y me pagaron por eso” (pp. 462-463).

El autor ha contactado con más de cincuenta seminaristas gais en Roma y con varias decenas en diversos países. Mauro Angelozzi, responsable de una asociación LGBT (Lesbianas, Gais, Bisexuales y Transgénero), le presentó en Roma a los dos primeros seminaristas. Uno de ellos aspira a ingresar en el tribunal de la Rota: “En mi seminario, dice, somos unos veinte. Siete son claramente gais. Unos seis más tienen, digamos, tendencias. Eso está bastante de acuerdo con el porcentaje habitual, entre el 60 y el 70% de los seminaristas son gais. A veces pienso que sube al 75%”.

El otro, que quiere ser profesor, comenta: “El ambiente de mi seminario es también muy homosexual. Pero hay matices importantes. Hay estudiantes que viven realmente su homosexualidad, otros que no la viven, o todavía no, hay homosexuales realmente castos; también hay heteros que la practican a falta de mujeres, digamos que en sustitución. Y hay otros que sólo la viven en secreto y fuera del seminario” (p. 468).

Al asumir su homosexualidad, un cura latinoamericano empieza a ver a la Iglesia con otros ojos: “Desde entonces descifro mejor los códigos. En el Vaticano muchos monseñores, arzobispos y cardenales me tiran los tejos. Antes yo no era consciente de lo que querían, ahora ya lo sé” (pp. 468-470).

Para empezar a entender el sistema clerical cuya antecámara son los seminarios, dice el autor, es preciso descifrar otro código de Sodoma, el de las amistades, las protecciones y los protectores: “La mayoría de los cardenales y obispos que entrevisté me hablaron de sus asistentes o adjuntos, es decir de su protegidos. Achille Silvestrini era el protegido del cardenal Agostino Casaroli; el laico Dino Boffo, de Stanislaw Dziwisz; Paolo Romeo y Giovanni Laiolo, del cardenal Angelo Sodano; Gianpaolo Rizzotti, del cardenal Re; don Lech Piechota, del cardenal Tarcisio Bertone” (pp. 470-471).

Francesco Lepore tiene un buen recuerdo del periodo que estuvo en el Vaticano, pero, dice, el problema homosexual seguía ahí: “Tenía la impresión de que mi propia vida ya no me pertenecía. Además, no tardé en sentirme atraído por la cultura gay de Roma”, “cada vez celebraba menos misas, salía vestido de calle, sin sotana ni alzacuello, y acabé dejando de ir a dormir a Santa Marta. Mis superiores, informados de todo, quisieron cambiarme de destino”.

Gracias a Dziwisz, el secretario de Juan Pablo II, Lepore fue nombrado secretario del cardenal francés Jean-Louis Tauran, encargado en el Vaticano de las relaciones con los Estados. Al lado del cardenal, que conocía sus costumbres, Lepore pudo seguir con su actividad intelectual. Después pasó al servicio del cardenal italiano Raffaele Farina, encargado de los archivos secretos, y luego al servicio de su sucesor, el arzobispo Jean-Louis Brugès. Ambos conocían sus “inclinaciones”.

El cura napolitano optó “deliberadamente” por consultar páginas gays con su ordenador desde el Vaticano y dejar su sesión abierta con artículos y webs comprometedores. De sobra sabía que todos los ordenadores del Vaticano estaban sometidos a un control estricto y no tardarían en descubrirle, como así sucedió. Le propusieron volver a su diócesis y ocupar allí un cargo importante. Lo rechazó. El cardenal Tauran, que estaba muy triste por lo que acababa de pasar, le regañó cariñosamente: “Me dijo que debía haber sido más prudente. No me hizo ningún reproche por ser gay, sólo por haberme puesto en evidencia. Fue así como acabó todo. Meses después salí del Vaticano y definitivamente dejé de ser cura” (pp. 40-42).

2. Rígidos, hipócritas

Cuando el autor visita al cardenal estadounidense Raymond Leo Burke en su vivienda de Via Rusticucci, el cardenal se encuentra fuera: “Su Eminencia está retenida en el exterior”, dice don Adriano, su asistente. Comenta Martel: “Esta feminización de los títulos de hombres es sorprendente”, “me entero de que a Burke le gusta que, para referirse a él, se use el femenino. Por ejemplo: Su Eminencia puede estar orgullosa, ¡Qué generosa es Su Eminencia, Su Eminencia es demasiado buena” (p. 43).

El cardenal encabeza la oposición a Francisco. El papa le destituyó de su cargo de prefecto del Tribunal de la Signatura Apostólica y le nombró, como premio de consolación, su representante ante el Orden de Malta. Benedicto XVI lo llamó a Roma porque lo consideraba buen canonista. La larga cola del cardenal, dependiendo de las ocasiones, mide hasta doce o quince metros: “Admirable hazmerreir, siempre aparece rodeado de celestinas obsequiosas, Antínoos arrodillados ante él o edecanes que sostienen la larga cola roja de su capa magna, como los monaguillos la de una recién casada”.

Burke no intenta ocultar sus gustos, alardea de ellos. Según él, hay que respetar la tradición. El cardenal es adalid de la homofobia dentro del Vaticano: “No hay que invitar a las parejas gays a las cenas familiares cuando hay niños delante”, “los homosexuales que viven con parejas estables son como esos criminales que han asesinado a alguien y tratan de ser amables con los otros hombres”, “el papa no puede cambiar las enseñanzas de la Iglesia sobre la inmoralidad de los actos homosexuales o la indisolubilidad del matrimonio” (pp. 44-52).

Benjamín Harnwell, afín al cardenal Burke, es director del Dignitatis Humanae Institute, asociación ultraconservadora y lobby político. Este lobby, punta de lanza de los conservadores en el Vaticano, es abiertamente homófobo y visceralmente contrario al matrimonio gay. Sin embargo, según el testimonio de Carlo María Viganò, parte de los miembros del Instituto en Roma y EE UU son homosexuales practicantes. Martel le pregunta al director: ¿Por qué hay tantos homosexuales en el Vaticano, entre los cardenales más conservadores y tradicionalistas? La respuesta es ésta: “Si no hay acto, no hay pecado. Por otro lado, si no hay elección, tampoco hay pecado” (pp. 53-55).

Es la tercera regla de Sodoma: “Cuanto más vehemente es un prelado contra los gays, cuanto más fuerte es su obsesión homófoba, más posibilidades existen de que no sea sincero y de que su vehemencia nos oculte algo” (p. 56).

La cuarta regla es semejante: “Cuanto más progay es un prelado es menos susceptible de ser gay; cuanto más homófobo es, hay más probabilidad de que sea homosexual” (p. 64).

La séptima regla es ésta: “Los cardenales, los obispos y los curas más gay-friendly (amigos de los gais), y los que hablan poco de la cuestión homosexual, generalmente son heterosexuales” (p. 151).

En agosto de 2018, cuando Martel lleva varias semanas viviendo en un apartamento situado dentro del Vaticano y está a punto de terminar su libro, se publica la carta del arzobispo Carlo María Viganò, que fue nuncio en EE UU. Viganò acusa al papa Francisco de haber encubierto los abusos homosexuales del cardenal estadounidense Theodore McCarrick. En descargo del papa, sus allegados afirman que “Viganò había informado al papa de que McCarrick mantenía relaciones homosexuales con seminaristas mayores de edad, lo que a juicio del pontífice no bastaba para condenarle”. En 2018, cuando se supo que además de las relaciones homosexuales había abusos sexuales con menores, el papa sancionó inmediatamente al cardenal, le privó de su título cardenalicio.

Comenta el autor: “El ala derecha de la curia acababa de declarar la guerra a Francisco. Nada impide pensar, incluso, que fuera una ofensiva lanzada por una facción gay contra otra facción gay de la curia, ésta anti-Francisco y de extrema derecha, y la otra pro-Francisco y de izquierda” (pp. 68-71).

En una homilía matinal de Santa Marta el papa Francisco reacciona: “El Gran Acusador se ha desatado y la ha tomado con los obispos”, “cuánto más le valdría que, en vez de acusar a otros, se acusara a sí mismo” (11-9-2018).

Sin embargo, dice Martel, más allá de las motivaciones secretas de Viganò, está la veracidad de los hechos que revela. La carta es un documento único sobre la “cultura del secreto”, la “conspiración del silencio” y la homosexualización de la Iglesia. Viganò habla sin rodeos. Siente la necesidad de “confesar públicamente las verdades que hemos mantenido ocultas”, “es necesario erradicar las redes de homosexuales existentes en la Iglesia”. Al decir esto, el nuncio señala a los tres últimos secretarios de Estado –Angelo Sodano con Juan Pablo II, Tarcisio Bertone con Benedicto XVI y Pietro Parolin con Francisco-, sobre los que podrían recaer sospechas de haber encubierto abusos sexuales o de pertenecer a la “corriente filohomosexual” del Vaticano (p. 74).

Según Martel, Viganò comete dos errores. De entrada, mezcla en una misma crítica varias categorías de prelados que tienen poco que ver entre sí: los sospechosos de haber cometido abusos sexuales (McCarrick), los que según él han encubierto (Angelo Sodano o Donald Wuerl), los que “pertenecen a la corriente homosexual” (señala sin aportar pruebas al cardenal estadounidense O’Brien y al cardenal italiano Martino) y los “cegados por su ideología progay” (los cardenales estadounidenses Blase Cupich y Joseph Tobin). En total, el nuncio “destapa” a unos cuarenta cardenales y obispos. Cupich y Tobin han desmentido tajantemente las alegaciones del nuncio; Wuerl ha presentado su dimisión al papa, que la ha aceptado; los demás no han hecho comentarios.

El segundo error ha sido “sacar del armario” a importantes cardenales próximos a Francisco (Parolin, Becciu), pero también los que marcaron los pontificados de Juan Pablo II (Sodano, Sandri, Martino) y Benedicto XVI (Bertone, Mamberti): “Todo aquel que conoce la historia vaticana sabe que el caso McCarrick hunde sus raíces en los desmadres del pontificado de Juan Pablo II, de modo que, al mencionarlo, el nuncio se enajena muchos de sus apoyos conservadores”, “la extrema derecha de la Iglesia, que al

principio apoyó al nuncio y defendió su credibilidad, no tardó en darse cuenta de la trampa” (pp. 75-76).

Un arzobispo de la curia comenta que “Viganò apenas se detiene en la cuestión de los abusos sexuales”, “lo que ha querido es hacer una lista de los homosexuales del Vaticano, denuncia la infiltración de los gays en la santa sede”, “si hoy se esconde en un lugar secreto no lo hace por el hecho de haber denunciado un sistema de abusos sexuales, cosa que le honraría; ¡sino por haber ‘sacado del armario’ a todo el mundo!”, “en este segundo aspecto su carta seguramente está más cerca de la verdad que en el primero” (pp. 77-78).

En una misa celebrada en el Vaticano el 22 de diciembre de 2014 el papa denuncia las “enfermedades” de la curia romana, entre las que menciona la hipocresía de quien llevan “una vida oculta y a menudo disoluta”, y las “habladurías”, auténtico “terrorismo del chismorreo”. Sin dar nombres, el 24 de octubre de 2016 en una homilía de Santa Marta Francisco denuncia la rigidez: “Detrás de la rigidez hay siempre algo escondido en la vida de una persona”, “en tantos casos una doble vida; pero también hay algo de enfermedad”. El 5 de mayo de 2017 el papa vuelve a la carga: “Son rígidos de doble vida”, “usan la rigidez para cubrir debilidades, pecados, enfermedades de personalidad”. El 20 de octubre de 2017 Francisco critica a los “hipócritas” que viven de la “apariencia”. En octubre de 2018 se repite el mensaje: “Son rígidos. Pero siempre, debajo o dentro de una rigidez, hay problemas. Graves problemas... Tengan cuidado con los rígidos” (pp. 89-90). En la última audiencia general el papa pide “la fuerza de no asustarnos frente a los que nos ordenan callar, nos calumnian o incluso atacan contra nuestra vida” (28-8-2019).

3. Arma arrojada

En el avión que lo llevaba a Brasil, al papa Francisco se le preguntó por el caso Battista Ricca: “En lo que respecta a monseñor Ricca –contesta el papa-, he hecho lo que el derecho canónico recomienda hacer: una investigación previa. De esta investigación no se desprende nada de lo que se le acusa. No hemos encontrado nada. Esa es mi respuesta. Pero querría añadir algo más. Veo a menudo en la Iglesia, más allá de este caso, pero en este también, que se va en busca, por ejemplo, de los pecados de juventud y se publican. No hablo de delitos, ¿eh? Los delitos son otra cosa, el abuso contra menores es un delito. No, (hablo de) los pecados, pero si una persona laica, o un sacerdote o una hermana, ha cometido un pecado y después se ha convertido, el Señor perdona” (p. 81).

Comenta el autor: “El caso Ricca, en realidad, es un ajuste de cuentas entre el ala conservadora del Vaticano, digamos ratzingeriana, y el ala moderada, representada por Francisco; es decir, fundamentalmente entre dos clanes homosexuales”. Ricca es director de la casa de Santa Marta y de otras dos residencias pontificias, también es representante del papa ante el IOR: “Esto lo coloca en el punto de mira”. Para más inri, uno de sus acusadores “también es conocido por ser, a la vez, homófobo y homosexual: un doble juego típico de las costumbres vaticanas”.

Es la quinta regla de Sodoma: “En la santa sede los rumores, las difamaciones, los arreglos de cuentas, la venganza y el acoso sexual son frecuentes. La cuestión gay es uno de los principales motores de estas intrigas”.

La regla duodécima es semejante: “Quienes propagan rumores sobre la homosexualidad de un cardenal o un prelado suelen ser homosexuales disimulados que atacan a sus

adversarios liberales. Dichos rumores son las principales armas usadas en el Vaticano por unos gais contra otros” (p. 451). La cuestión gay es un arma arrojada.

Condenado a vivir con esa fauna tan especial, dice Martel, el papa Francisco hace lo que puede. Con su fórmula “¿Quién soy yo para juzgar?”, trató de salirse por la tangente: “Ir más lejos habría supuesto tocar la doctrina y provocar inmediatamente una guerra en el colegio cardenalicio”. En realidad, “sus declaraciones públicas chocan a menudo con sus actos privados”, Viganò “le acusó de haberse rodeado de homosexuales”; al mismo tiempo, “Francisco sugirió recurrir a la psiquiatría para curar a los jóvenes homosexuales, aunque luego dijo que lamentaba haberlo dicho” (pp. 85-87).

Después de pronunciar su famosa frase, el papa recibe muchas cartas de homosexuales que le agradecen sus palabras. Estas cartas son “a menudo desesperadas”. Están escritas por seminaristas o curas que a veces están “al borde del suicidio” porque no consiguen articular su homosexualidad con su fe. Comenta uno de los redactores de cartas de Francisco: “Llevábamos mucho tiempo contestando estas cartas con mucho esmero y llevaban la firma del santo padre”, pero “de un día para otro el papa nos pidió que no contestáramos a las personas homosexuales”, “esta decisión nos sorprendió”, “en contra de lo que se pueda pensar, el papa es tan homófobo como sus predecesores” (pp. 93-94).

Bergoglio, dice uno de sus allegados, fue “conservador sobre el matrimonio, pero no homófobo”, “si se hubiera mostrado favorable al matrimonio gay, nunca le habrían elegido papa” (p. 110).

4. Enemigos de Bergoglio

Estamos en agosto de 1965. Jorge Bergoglio y Jorge González, siempre inseparables, trabajan en el colegio de la Inmaculada Concepción. Aquí, con 29 años, invitan al escritor Jorge Luis Borges a participar en sus clases de literatura. Surge así la foto de los tres Jorges. En el curso 1968-1969 Bergoglio se ordena sacerdote y González deja la Compañía. Pese a lo que insinúan los rumores, no parece que abandonara el sacerdocio debido a su inclinación sexual, lo hizo para casarse con una mujer. Recientemente ha puesto por escrito sus recuerdos en un libro titulado “Yo y Bergoglio: jesuitas en formación”. Extrañamente, dice Martel, el libro ha sido retirado de las librerías “a petición del autor”. El editor tampoco ha depositado el libro en la Biblioteca Nacional Argentina, como marca la ley (pp. 95-96).

El teólogo Juan Carlos Scannone, uno de los amigos del papa, recibe al autor en el Colegio Máximo de San Miguel: “Jorge vivió aquí diecisiete años, dice, primero como estudiante, luego como provincial de los jesuitas y por último como rector del colegio”, “creo que Jorge quería conceder derechos a las parejas homosexuales, esa era realmente su intención. Pero no era favorable al matrimonio debido al sacramento. La curia romana, en cambio, era contraria a las uniones civiles. El cardenal Sodano era especialmente rígido. Y el nuncio que estaba en Argentina también estaba totalmente en contra de las uniones civiles”, “el papa siempre ha estado a favor de lo que se llama la opción preferencial por los pobres. Por eso no rechaza la teología de la liberación como tal, pero está en contra de su matriz marxista y contra cualquier uso de la violencia. Prefiere lo que aquí en Argentina llamamos teología del pueblo” (pp. 96-97).

Marcelo Figueroa, un protestante que durante años presentó con Bergoglio un programa de televisión sobre la tolerancia interreligiosa, comenta: “Se puede decir que Bergoglio es de izquierdas aunque, en materia de teología, es más bien conservador. ¿Peronista? No lo creo. Tampoco es un verdadero teólogo de la liberación”, “puede que simpatizara con las ideas del Che Guevara, pero no con su práctica. No se le puede encasillar. Es ante todo un jesuita” (p. 100).

Antes de ser papa, los principales enemigos de Bergoglio fueron Pío Laghi, nuncio en Buenos Aires de 1974 a 1980, Héctor Aguer, arzobispo de La Plata, y Leonardo Sandri, nombrado Sustituto de la Secretaría de Estado en el año 2000.

Comenta Martel: “Los archivos desclasificados por el gobierno de Estados Unidos y también varios testimonios que recogí en Buenos Aires y en Roma, señalan que Pío Laghi fue cómplice de los militares, informador de la CIA y un homosexual introvertido. Los archivos del Vaticano, en cambio, que también se han desclasificado parcialmente, tienden a exculparle, como cabía esperar”, “en Argentina, varios periodistas de investigación con los que he hablado están indagando sobre los vínculos entre Laghi y la dictadura y sobre la doble vida del nuncio. Me hablan sobre todo de sus taxi-boys, un eufemismo argentino para decir prostitutas” (pp. 102-103).

El hombre clave de Roma en Argentina era el arzobispo de La Plata, Héctor Aguer. Benedicto XVI contaba con este “homóforo visceral” para poner coto a las ideas demasiado “violentamente moderadas” de Bergoglio: “Rodeado de una retahíla de niños bonitos y efebos seminaristas, el prelado lanzó una campaña furibunda contra las uniones civiles y el matrimonio homosexual”.

Según afirma el pastor luterano Lisandro Orlov, “los cardenales Sodano y Sandri, y luego Bertone, dirigían desde Roma las maniobras argentinas contra Bergoglio apoyándose sobre el terreno, en el arzobispo Héctor Aguer y el nuncio Adriano Bernardini”.

Guillermo Marcó, que fue asistente y portavoz del cardenal Bergoglio, afirma lo siguiente: “El Vaticano era contrario a las uniones civiles y Bergoglio, como arzobispo, debía seguir esa línea. Yo era portavoz y le aconsejé soslayar el tema, no hablar de uniones civiles para no tener que criticarlas. A fin de cuentas, era una unión sin sacramento y no se trataba de un matrimonio ¿por qué hablar de ello? Jorge aprobó esta estrategia. Informé a las organizaciones homosexuales de Buenos Aires de que no nos pronunciaríamos al respecto y de que les pedíamos que no se mezclaran en esa batalla, ese era nuestro objetivo” (pp. 107-108).

5. La jugada del sínodo

El cardenal Lorenzo Baldisseri es uno de los hombres de confianza de Francisco. El papa le encargó que preparara un sínodo extraordinario sobre la familia en 2014-2015: “Trabajé con un espíritu de apertura. Nuestro modelo era el concilio Vaticano II: estimular el debate, apelar a laicos e intelectuales, inaugurar un nuevo método, un nuevo enfoque”, “no había ningún tabú, ninguna moderación. Todas las cuestiones estaban sobre la mesa: el celibato de los sacerdotes, la homosexualidad, la comunión de las parejas divorciadas, la ordenación de mujeres... Se abrieron todos los debates a la vez”, “nuestra línea de fondo era la de Kasper. Pero el método era igualmente importante”.

Este método “suponía una ruptura con Juan Pablo II, que fue el arquetipo de un maníaco del control, o con Benedicto XVI, que evitaba este tipo de debates por principio o por miedo. Francisco pensó que podía dar un vuelco a la situación delegando en la base la preparación del sínodo con una consulta mundial sobre 38 asuntos. Quiso poner en movimiento a la Iglesia. Con ello pretendía sobre todo esquivar a la curia y a los cardenales de toda la vida que, acostumbrados a la teocracia absoluta y a la infalibilidad papal, enseguida se dieron cuenta de la jugada” (pp. 112-113).

Partiendo de esa consulta, el secretariado del sínodo preparó un texto preliminar que después discutirían los cardenales. En ese texto se incluyeron estas frases: “Los homosexuales tienen dones y cualidades que pueden ofrecer a la comunidad cristiana”, “sin negar las problemáticas morales relacionadas con las uniones homosexuales, se observan casos en que el apoyo mutuo hasta el sacrificio es una ayuda maravillosa para la vida de la pareja” (pp. 113-114).

Desde el principio de su pontificado el papa previno a la curia contra los escándalos tanto económicos como sexuales: “Todos somos pecadores, pero no todos somos corruptos. Hay que aceptar a los pecadores, pero no a los corruptos”. Se propuso denunciar las dobles vidas y preconizó una “tolerancia cero”. Francisco detesta a los rígidos hipócritas. Sobre todo, está exasperado por los casos de abusos sexuales. Cada semana se interponen nuevas denuncias, se señala o procesa a obispos, se condena a curas: “En más del 80% de los casos se trata de abusos homosexuales, pocos son heterosexuales” (pp. 114-115).

Comenta el autor: “En materia de abusos sexuales, Francisco no tiene intención de cerrar los ojos, como hicieron durante demasiado tiempo Juan Pablo II y sus lugartenientes Angelo Sodano y Stanislaw Dziwisz, ni ser indulgente, que fue la tendencia de Benedicto XVI”, “su análisis, sobre todo, difiere del de Joseph Ratzinger y su adjunto el cardenal Tarcisio Bertone, para quienes este asunto era un problema intrínsecamente homosexual”. Según afirman dos colaboradores suyos, el papa Francisco piensa que “los cardenales y obispos que encubren los abusos sexuales no lo hacen tanto para proteger a los pedófilos como porque tienen miedo”.

Es la sexta regla de Sodoma: “En la mayoría de los casos de abusos sexuales aparecen sacerdotes u obispos que han protegido a los agresores debido a su propia homosexualidad y por miedo a que esta saliera a relucir si estallaba el escándalo. La cultura del secreto, que era necesaria para guardar silencio sobre la fuerte prevalencia de la homosexualidad en la Iglesia, ha propiciado el ocultamiento de los abusos sexuales y la actuación de los depredadores” (pp. 116-117).

El papa denuncia las “vidas ocultas y a menudo disolutas” de los miembros de la curia romana. Pero no sólo esto, también pasa a la acción: “Empieza borrando de un plumazo en la lista de futuros cardenales, a todos los arzobispos, nuncios y obispos envueltos en situaciones escabrosas durante los papados de Juan Pablo II y Benedicto XVI. El palacio de Castel Gandolfo, la residencia veraniega del papa cuyas movidas veladas durante el papado de Juan Pablo II han llegado a oídos de Francisco, se abrirá a los turistas y, en última instancia, será vendido. Sobre la cuestión homosexual emprende una larga tarea pedagógica. En este caso se trata de distinguir de una manera nueva y fundamental para la Iglesia, entre crímenes como la pedofilia, los abusos o las agresiones a menores de quince años, así como los actos cometidos sin consentimiento o en situaciones de

prevalencia de autoridad (catecismo, confesión, seminarios, etc) y las prácticas homosexuales legales entre adultos que consienten. También pasa página en el debate sobre el preservativo poniendo el acento en la obligación de tener cuidado” (p. 118).

En el sínodo, dice el cardenal Baldisseri, “hubo acuerdo sobre todo salvo los tres puntos sensibles”. En realidad había una mayoría “liberal”, pero no se alcanzó el cuórum de dos tercios necesarios para aprobar los artículos controvertidos. De los 62 apartados presentados, se rechazaron tres, los más emblemáticos. Entonces comenzó la labor de preparación del segundo sínodo, previsto para octubre de 2015. En realidad, lo que se puso en marcha en los cinco continentes fue una auténtica máquina de guerra. Los nuncios, los abades, los cardenales amigos, todos fueron movilizados (pp. 121-122).

El papa habló claro ya en 2014. Lo dice el cardenal hondureño Oscar Rodríguez Maradiaga, coordinador del C9, el consejo de nueve cardenales creado por Francisco: “Para la mayoría de la gente, la familia (tal como la concebía Juan Pablo II a principios de los años ochenta) ya no existe. Hay divorcios, familias arcoíris, familias monoparentales, el fenómeno de la gestión para otros, las parejas sin niños, las uniones del mismo sexo”, “la doctrina tradicional, desde luego, permanecerá, pero los retos pastorales requieren respuestas contemporáneas que ya no pueden venir del autoritarismo ni del moralismo” (p. 126).

Adriano Oliva es un dominico italiano, historiador medievalista y teólogo, gran conocedor de Tomás de Aquino. Ha publicado un libro titulado “Amores”: “En sus escasas 160 páginas hace una crítica implacable de la ideología moralizante vaticana, de Juan Pablo II a Benedicto XVI”. El dominico critica la interpretación dominante del pensamiento de Tomás de Aquino: “Se suele considerar contra natura no sólo la sodomía, sino también la inclinación homosexual. Santo Tomás, en cambio, considera esta relación conforme a la naturaleza de la persona homosexual tomada en su individualidad”.

Apoyado intelectualmente por el maestro de los dominicos, Oliva fue blanco de duros ataques en varias revistas tomistas. El tema era sensible. El dominico afirma haber obrado “con total libertad”. Sin embargo, el cardenal Walter Kasper revela la intervención personal de Francisco: “Adriano Oliva vino a hablar conmigo. Antes me había mandado una carta y se la enseñé al papa, que quedó muy impresionado. Le pidió a Baldisseri que le encargara a Oliva un texto para difundirlo entre los obispos” (pp. 129-132).

Un día, dice Martel, cuando comíamos en el barrio romano de Piazza Navona, un monseñor me cogió del brazo súbitamente y me llevó a la iglesia de San Luis de los Franceses: “Aquí tiene tres Caravaggios y es gratis”. Hablamos de la homosexualidad del pintor y del erotismo que se desprende del Martirio de san Mateo, que “representa a un hermoso guerrero desnudo matando a un viejo caído en el suelo”.

El monseñor se centra luego en un San Sebastián. Este cuadro, dice Martel, “convencional y de escaso valor artístico, reúne sin embargo todos los códigos de la iconografía gay: el muchacho está de pie, resplandeciente, gallardo y extasiado, con una desnudez exagerada por la belleza de sus músculos y el cuerpo atlético traspasado por las flechas de su verdugo que quizá sea su amante”, “he visto varios San Sebastián en los museos del Vaticano, ... por no hablar del San Sebastián de la basílica de San Pedro”, “el mito de San

Sebastián es un código secreto muy apreciado, conscientemente o no, por los hombres del Vaticano” (pp.134-136).

El resultado de dos años de debates y tensiones es la exhortación apostólica “Amoris Laetitia”, que lleva la marca personal y las referencias culturales de Francisco. El papa insiste en el hecho de que “ninguna familia es una realidad perfecta, por lo que la atención pastoral debe ir dirigida a todas, tal como son” (p. 138).

Con el cardenal Kasper, dice Martel, “abordamos la cuestión homosexual con gran libertad”, “Kasper se muestra abierto, escucha, hace preguntas”, “probablemente estoy ante uno de los poquísimos cardenales que no son homosexuales” (p. 151).

6. Curas clientes de prostitutas

“Durante los dos primeros años de mi investigación, dice Martel, viví en el barrio romano de Termini. Cada mes alquilaba durante una semana un pequeño apartamento”, “acabé mudándome en 2017, cuando me autorizaron a vivir en las residencias oficiales del Vaticano, gracias a un monseñor con buenos contactos, Battista Ricca, y al arzobispo Francois Bacqué”, “necesité varios meses de atenta observación y de entrevistas para entender la sutil geografía nocturna de los muchachos de Roma Termini”, “cada grupo de prostitutas tiene su lugar, en cierto modo asignado, y su territorio marcado” (pp. 160-161).

En toda Europa la despenalización de la homosexualidad, la proliferación de bares y saunas, las “app” para móviles, las leyes sobre el matrimonio homosexual y la socialización de los gays tienden a reducir el mercado de la prostitución masculina callejera. Con una excepción: Roma. La explicación es muy sencilla: “los curas mantienen activo este mercado cada vez más anacrónico en los tiempos de Internet. Y por motivos de anonimato buscan sobre todo migrantes” (p. 162).

Mohammed es “trabajador sexual”, él prefiere decir “escort”, acompañante remunerado: “Los clientes de este musulmán son sobre todo curas y prelados católicos de las iglesias romanas y vaticanas”. Durante tres años, dice Martel, “entrevisté a unos sesenta migrantes que se prostituyen en Roma”, “los horarios de los prostitutas eran adecuados: por la mañana temprano y durante el día me reunía con curas, obispos y cardenales en el Vaticano, que nunca se citaban conmigo después de la seis de la tarde. Por la noche, en cambio, entrevistaba a los prostitutas que pocas veces llegaban al trabajo antes de la siete” (pp. 154-155).

La relación entre Mohammed y los curas es un “extraño comercio”, “insólito, irracional, que tanto en el lado católico como en el musulmán no es solo contra natura, sino incluso sacrílego”, “la presencia de curas en busca de prostitutas en Roma Termini es un negocio bien montado”, “conciernen a muchos prelados, incluyendo obispos y cardenales, cuyos nombres se conocen”.

Es la octava regla de Sodoma: “En la prostitución romana entre los curas y los escorts árabes se acoplan dos miserias, la frustración sexual abismal de los curas católicos hace eco con la restricción del islam, que pone trabas a los actos heterosexuales de los jóvenes musulmanes fuera del matrimonio” (p. 157).

Gaby es rumano. Primero cruzó Alemania. Después de una temporada en Holanda, muy decepcionante, fue a parar a Roma, sin dinero pero con la dirección de un amigo. Este chico, también prostituto, le alojó y le inició en el oficio, revelándole el código secreto: “los mejores clientes son los curas”.

Todos los prostitutas del barrio se inventan vidas. Uno dice que es español, pero su acento le delata como latinoamericano. Los clientes también mienten: “Dicen que están de paso o en viaje de negocios, pero a nosotros no nos engañan: a un cura se le nota a la legua”, comenta Gaby (pp. 159-160).

“Tener un cliente fijo es lo que todos buscan aquí”, dice Florín, un prostituto rumano que vive con Christian en las afueras de la ciudad. “Estoy casado y tengo un hijo. Tengo que alimentarlo. Les he dicho a mis padres y a mi mujer que soy camarero en Roma”, “trabajamos en la Plaza de la República. Es una plaza para la gente del Vaticano. Aquí todos lo saben. Los curas nos montan en el coche. Nos llevan a su casa o las más de las veces a un hotel”, “la mayoría de los curas y las personas del Vaticano quieren a los fijos. Es menos visible y menos arriesgado para ellos, ya no tienen que venir a buscarnos”. Christian alardea de su lista de contactos y va pasando los números de móvil. Muchos de sus clientes le habrán dado nombres falsos, pero los números son auténticos (p. 163-165).

Francesco Mangiacapra es un prostituto napolitano. A diferencia de los otros, acepta dar su verdadero nombre. Ha confeccionado largas listas de curas gays que han recurrido a sus servicios en la región de Nápoles y en Roma. Actualmente tiene “treinta curas fijos”: “Los curas, dice, son la clientela ideal. Son fieles y pagan bien. Si pudiera, sólo trabajaría para ellos”, “los eclesiásticos prefieren la prostitución porque les brinda cierta seguridad, un anonimato”, “la mayoría de los curas pagan bien, pocas veces regatean. Supongo que ahorran en otros caprichos, pero nunca en el sexo. Un cura no tiene familia, no paga alquiler” (pp. 173-175).

Según René Buonocore, un trabajador social de origen venezolano que vive y trabaja en Roma, “los curas que no han salido del armario prefieren a los migrantes o el anonimato de los parques”, “en Roma suelen acudir a la zona de Villa Borghese, a las calles que rodean Villa Medici o a los parques próximos al Coliseo o la plaza del Capitolio”. Allí los curas dan vueltas en coche junto a la Galería Nacional de Arte Moderno, el Templo de Esculapio y en las calles que rodean Villa Giulia. No es nada nuevo, un lugar de citas es la plaza de San Pedro: “En los años sesenta y setenta la columnata de Bernini de San Pedro era un buen lugar de citas de la gente del Vaticano. Los cardenales salían para dar un paseo y trataban de encontrarse con muchachos”, afirma el especialista Francesco Gnerre (pp. 179-180).

7. El código Maritain

El cardenal francés Paul Poupard vive en el último piso de un palacio de la Piazza di San Calisto: “Tenemos, dice Martel, una larga conversación sobre los autores franceses que me gustan, como Jean Guittou, Jean Daniélou y Francois Mauriac. Cuando pronuncio el nombre de Jacques Maritain el cardenal Poupard se anima”, “Pablo VI fue quien le presentó Maritain a Poupard”, “hablamos largo y tendido de la obra de Maritain y de sus relaciones, a veces tormentosas, con André Gide, Julien Green, Francois Mauriac y Jeac

Cocteau, y me percató de que todos esos escritores franceses de antes de la guerra tenían talento. Y también eran homosexuales. Todos” (pp. 187-188).

El cardenal conserva “cerca de doscientas cartas” de Jean Guitton, una correspondencia inédita que seguramente esconde muchos secretos. Martel le pregunta al cardenal sobre la sexualidad de su interlocutor: ¿Cómo es posible que este hombre erudito, laico y misógino, miembro de la Academia Francesa, se hubiera mantenido casto durante casi toda su vida, a ejemplo de Maritain, y solo se hubiera casado tardíamente con una mujer de la que habló muy poco y a la que casi nadie vio, enviudando precozmente sin tratar de volverse a casar? El cardenal responde con una carcajada, vacila, y luego dice: “Jean Guitton estaba hecho para vivir con una mujer como yo para ser zapatero”, “para Maritain y para Guitton la continencia era su manera de salir del paso”.

Comenta Martel: “Para entender el Vaticano y la Iglesia católica, tanto del tiempo de Pablo VI como de hoy, Jacques Maritain (1882-1973) es una buena puerta de entrada. Poco a poco he ido descubriendo la importancia de esa farmacopea, de esa contraseña compleja y secreta, verdadera clave de lectura de Sodoma: el código Maritain”, “Pablo VI se consideraba discípulo de Maritain”, afirma Poupard (pp. 188-189).

El pensamiento de Maritain, centrado en el pecado y la gracia, “ilustra un catolicismo generoso, cuando no ingenuo”, dice Martel. “La extrema piedad de Jacques Maritain, su fe sincera y de una profundidad admirable eran un ejemplo que impresionó a Roma. La vertiente política de su obra hizo el resto en la Italia posfascista. Maritain defendía la idea de que la democracia es la única forma política legítima, y con ello propició la necesaria ruptura de los católicos con el antisemitismo y el extremismo de derechas”.

El cardenal Giovanni Battista Re, “ministro de Interior” de Juan Pablo II, afirma con entusiasmo: “En mi vida no me quedó mucho tiempo para leer. Pero leí a Maritain, a Daniélou, a Congar, La vida de Cristo de Mauriac. Leí a todos estos autores cuando era muy joven. Para nosotros el francés era la segunda lengua. Y Maritain era la referencia”.

El cardenal francés Roger Etchegaray, que durante mucho tiempo fue embajador volante de Juan Pablo II, piensa llevarse a la casa del sur de Francia donde espera jubilarse sólo una parte de sus libros: los de Maritain, los de Julien Green, Francois Mauriac, André Gide, Henry de Montherlant y Jean Guitton, que fue íntimo amigo suyo: “Todos estos amigos son sin excepción homófilos u homosexuales”, dice Martel (pp. 190-191).

La influencia de Maritain arranca de su reflexión teológica y de su pensamiento político, pero también de su experiencia vital: “En el centro del misterio Maritain están su boda con Raissa, su esposa, y el pacto secreto que les unió”, “el encuentro de Jacques y Raissa se produjo, de entrada, con una espectacular doble conversión al catolicismo: él era protestante y ella judía”, “a partir de 1912 los Maritain decidieron hacer un voto mutuo de castidad, que se mantuvo en secreto por largo tiempo”, “querían ayudarse mutuamente a ir hacia Dios”, “entre los que rodearon a Maritain había un número inimaginable de homosexuales”, “en su casa de Mendon, Maritain y Raissa recibían continuamente con grandes muestras de hospitalidad a católicos solteros, intelectuales homosexuales y jóvenes efebos”, “el filósofo disertó profusamente sobre el pecado homosexual”, intenta “convertirlos y convencerlos de que fueran castos” (pp. 192-193).

El secreto de Sodoma, dice Martel, se sitúa alrededor de ese “código Maritain” y de las “batallas” entre el filósofo y cuatro grandes escritores franceses. Veamos.

Maritain quiso disuadir al protestante André Gide de publicar “Coridon”, un breve tratado en el que se destapa y hace una labor militante a través de cuatro diálogos sobre la homosexualidad: “Me horroriza la mentira, dice Gide. Tal vez es ahí donde se refugia mi protestantismo. A los católicos no les gusta la verdad”. Se publicó el tratado.

El pensador francés también quiso disuadir a Jean Cocteau de publicar el Libro blanco en el que el escritor confiesa su homosexualidad: “Es un plan del diablo, le escribe Maritain. Es su primer acto público de adhesión al Mal”. Contesta Cocteau: “Necesito amor y hacer el amor a las almas”. El libro se publica primero sin nombre de autor y luego con su verdadero nombre (pp. 194-195).

Maritain admira al escritor Julien Green por su conversión en 1939, resultado de la “campaña” de un fraile dominico convencido de que “el sacerdocio era la solución a la homosexualidad”. Después se supo que ese sacerdote también era gay. En 1927 Maritain envía una carta al escritor. Frente al amor estéril de la homosexualidad, “este mal misterioso”, “que siempre será un mal, un rechazo profundo de la cruz”, la única solución es el “amor a Dios por encima de todo”, “el Evangelio no nos dice en ninguna parte que mutilemos nuestro corazón, pero nos aconseja que nos hagamos eunucos por el reino de Dios”. Con el tiempo, el escritor se destapa en su obra, que se vuelve abiertamente homosexual.

Maurice Sachs es un escritor judío convertido al catolicismo. A Maritain le llama “Jacques querido”. En su novela “El Sabbat” el narrador cuenta a sus amigos que ha ido al seminario y le preguntan si se trata de “un nuevo club homo”. El escritor acabará siendo “colaboracionista” y, pese a ser judío, “soplón nazi antes de morir al fin de la guerra, se cree que de un tiro en la nuca que le disparó un SS” (pp. 196-198).

El gran amor de juventud de Jacques Maritain, dice Martel, se llamaba Ernest Psichari. Los dos jóvenes todavía eran adolescentes cuando se conocieron en el liceo Henri IV de París, en 1899. Jacques tenía 16 años. No tardó en nacer entre ellos una “amistad de amor” de una fuerza inimaginable. Su vínculo es una “gran maravilla”, le dice Maritain a su madre. A su padre, Ernest le confiesa: “Ya no concibo la vida sin la amistad de Jacques”.

Ernest murió en combate a los 31 años el 22 de agosto de 1914, herido en la sien por una bala alemana. El anuncio de su muerte sumió a Maritain en el dolor. Años después viajó a Africa siguiendo sus huellas, mantuvo un trato duradero con la hermana de Ernest y durante la Segunda Guerra Mundial quiso combatir para “morir como Psichari”.

Comenta Martel: “La homosexualidad sublimada, cuando no reprimida, se traduce a menudo en la elección del celibato y, con más frecuencia todavía en una homofobia interiorizada. La mayoría de los papas, cardenales y obispos que hoy tienen más de 60 años se formaron en esta atmósfera y este modo de pensar del código Maritain”. El proceso va de la negación al desafío o, por decirlo en términos de “Sodoma y Gomorra” de Marcel Proust, del rechazo de la “raza maldita” a la defensa del “pueblo elegido”.

Es la novena regla de Sodoma: “Por lo general los homófilos del Vaticano evolucionan desde la castidad hacia la homosexualidad; los homosexuales nunca hacen el camino inverso para volverse homófilos” (pp. 199-202).

En el “código Maritain” encaja la figura de Jean Guitton (1901-1999), escritor católico de derechas. El cardenal Poupard mantuvo una larga amistad con él. Le considera “un hombre muy culto, pero no un verdadero pensador”, “a pesar de la superficialidad de su obra, la amistad que supo trabar con el papa Pablo VI se basaba, sin duda, en una comunidad de puntos de vista, especialmente sobre las costumbres y la moral sexual”.

Dos textos históricos sellan este acercamiento: el primero es la famosa encíclica “*Humanae vitae*” (1968). Según los historiadores, la línea dura era minoritaria, pero Pablo VI tomó su decisión en solitario: “Lo hizo uniéndose al ala conservadora representada por el viejo cardenal Octaviani y por un recién llegado, el cardenal Wojtyla”

El segundo texto es la declaración “Persona humana” (1975). Este texto decisivo, dice Martel, se propone estigmatizar “el relajamiento de las costumbres”. Predica la castidad estricta antes del matrimonio, sanciona severamente la masturbación (“un acto intrínseca y gravemente desordenado”) y proscribire la homosexualidad (en la Sagrada Escritura los actos homosexuales “están condenados como graves depravaciones”).

Jean Guitton también fue partidario de que se mantuviera el celibato de los curas. Muchos teólogos y expertos le reprochan a Pablo VI haberse “aferrado a una línea dura” por malas razones, estratégicas o personales. Señalan que “históricamente han sido los componentes homófilos y homosexuales de la Iglesia los que han defendido el valor del celibato”.

Es la décima regla de Sodoma: “Los sacerdotes y teólogos homosexuales son mucho más propensos a imponer el celibato que sus correligionarios heterosexuales. Se obstinan en hacer cumplir esta consigna de castidad, pese a que es intrínsecamente antinatural” (pp. 208-210).

Jean Guitton se interesó poco por las mujeres. Para él eran “decorativas” u “ornamentales”. No obstante, ya mayor, se casó con Marie-Louise Bonnet. No tuvieron hijos y no se sabe si consumaron su matrimonio. Vivieron “como un hermano y una hermana”. Cuando su esposa murió prematuramente, él no se volvió a casar.

Además de su esposa, hay otra mujer entre quienes rodean al escritor, la Mariscala De Lattre, viuda de un mariscal francés que, según un rumor persistente, “había sido bisexual”. Entre la muerte del marido en 1952 y la suya propia en 2003, “la Mariscala vivió rodeada de un enjambre de homosexuales en su salón parisino. Jean Guitton, travieso y siempre alegre era un habitual. Siempre llegaba acompañado de personas apuestas del sexo fuerte y chulitos afeminados”.

Guitton fue “amante-amigo” de muchos hombres, dice Martel. Empezando por el cardenal Poupard, que mantuvo una larga correspondencia con él. La relación entre Guitton y el nuncio Roncalli, futuro Juan XXIII, también parece singular y es posible que estemos ante un caso de “amistad amorosa”. De este orden fue también la relación con Giovanni Battista Montini, el futuro Pablo VI.

Cuando se leen sus “Diálogos con Pablo VI”, llama la atención el extraño diálogo entre el papa y el escritor sobre la abstinencia o sobre lo que llaman el amor “plus” entre Jesús y Pedro, que “contiene una exigencia, que da miedo”.

En su libro “El Cristo de mi vida”, dice Guitton a Joseph Dorè, futuro arzobispo de Estrasburgo: “Hay algo superior al amor del hombre por la mujer, es la camaradería. El amor de David por Jonatán, de Aquiles por Patrolo”, “un jesuita puede sentir por otro jesuita un amor de camarada muy superior al amor que sentiría si estuviera casado” (pp. 211-214).

El 29 de febrero de 1976, con motivo del quinto centenario del nacimiento de Miguel Ángel (1475-1564), Pablo VI le rindió un “asombroso homenaje”. Con gran pompa, el papa canta la memoria del “incomparable artista” bajo la majestuosa cúpula que pintó, muy cerca de su sublime Piedad, que un “muchacho que aún no había cumplido los 25 años” hizo salir de ese mármol frío con enorme “ternura”. A dos pasos de allí se encuentra la Capilla Sixtina y su bóveda, pintada al fresco con su muchedumbre viril. El papa alaba sus ángeles, pero no esos robustos efesos desnudos. Pablo VI era “un adicto a Miguel Ángel”, dice un obispo que trabajó con él. Los frescos de la Capilla Sixtina, comenta Martel, son una de las escenas más grandiosas de la cultura gay, repleta de cuerpos viriles rodeados de robustos efesos desnudos (p. 11).

La supuesta homosexualidad de Montini es un viejo rumor: “Se atribuye a Pablo VI una relación con Paolo Carlini, un actor italiano de teatro y televisión veinticinco años más joven que él”. El cardenal Giovanni Battista Re asegura: “Trabajé con el papa Pablo VI durante siete años. Fue un gran papa y todos los rumores que oí son falsos”.

Un último misterio, dice Martel, rodea a Pablo VI: “la abundancia de homófilos y homosexuales entre sus allegados”, “fuera o no consciente de ello, este papa que prohibió severamente esta forma de sexualidad se rodeó al mismo tiempo de hombres que la practicaban”, “el secretario particular de Pablo VI, Pasquale Macchi”, “el sacerdote y futuro obispo irlandés John Magee”, “se dice que Loris Francesco Capovilla, que fue secretario de Juan XXIII...también fue homófilo”, “el camarero del papa también era un conocido homosexual, lo mismo que...el célebre arzobispo Marcinkus”. El papa Montini erigió la “amistad amorosa” en regla de fraternidad vaticana. El “código Maritain” nació bajo sus auspicios (pp. 217-225 y 294).

8. Homofobia oficial y encubrimiento de pedófilos

Con Pablo VI, dice Martel, todavía estábamos en la homofilia y la “inclinación”. Con Juan Pablo II las cosas cambian completamente de naturaleza y de amplitud. Entre los que lo rodean, según un sacerdote de la curia, hay “más practicantes y un nivel de venalidad y corrupción a veces inimaginable”, “un verdadero círculo de lujuria”, “un papa rodeado de intrigantes, de una mayoría de homosexuales en el armario, a menudo homófobos en público, por no hablar de los que protegieron, en secreto, a los curas pedófilos”. Ante los escándalos económicos y sexuales de quienes le rodean ¿podemos hablar de desconocimiento ingenuo, de dejadez o de connivencia?

De los círculos concéntricos que rodeaban a Juan Pablo II, el primero era el de sus allegados, la “banda de los polacos”, y el eslabón central era Stanislaw Dziwisz. Agostino Casaroli, el Secretario de Estado, no formaba parte de él. En realidad el equipo que formó

con el papa no funcionó bien. Entre los dos hombres no tardaron en aparecer tensiones. Casaroli presentó varias veces la dimisión. En diciembre de 1990 deseaba que su puesto lo ocupara su asistente, Achille Silvestrini.

Según una fuente diplomática vaticana, “los partidarios de la candidatura de Angelo Sodano usaron las inclinaciones artísticas de Casaroli y sus amistades masculinas para desprestigiarle. Y torpedearon la candidatura de Silvestrini cuando le contaron al papa que la policía le había identificado un par de veces en los alrededores de la romana Villa Giulia, donde hay varios museos de arte contemporáneos”.

Stanislaw Dziwisz, secretario personal del papa Wojtyla, “fue el hombre clave de todas las misiones secretas anticomunistas. Estaba al tanto de los documentos sensibles y la financiación paralela”, “su relación con el cardenal Ratzinger fue pésima”. Sin embargo, cuando el cardenal accedió al papado, “quizá cumpliendo una promesa hecha a Juan Pablo II en su lecho de muerte, lo eligió a pesar suyo arzobispo de Cracovia y luego lo creó cardenal”, “hoy jubilado en Varsovia, el cardenal Dziwisz ha dejado en Roma una reputación ambigua. Se admira su fidelidad al papa pero se critica su hipocresía”, “salen a la luz su afición a vagabundear y sus safaris, cuando le gustaba ‘robinsonear’ por la Villa Medici, con cara de decir como el Poeta: Estoy escondido y no lo estoy”.

Alguien cercano a Casaroli que sigue trabajando en el Vaticano da a entender que “las múltiples vidas de Dziwisz son uno de los mayores secretos del catolicismo romano”, “poco a poco, y a medida que se fue agravando la enfermedad de Juan Pablo II, empezó a hablar por el papa sin que se supiera muy bien cuál de los dos daba las órdenes. Ocurrió así con los expedientes de pedofilia y los escándalos económicos; ahí fue donde se creó la tensión con el cardenal Ratzinger. Dziwisz era muy duro. Se dice que varias veces hizo llorar a Ratzinger” (pp. 229-234 y 243-247).

El enorme éxito de la película “Kler”, estrenada en 2018, que trata de la pedofilia de los curas en Polonia, demuestra que “en el país más católico de Europa se ha abierto el debate sobre la hipocresía de la Iglesia”.

El nombre de Stanislaw Dziwisz aparece en decenas de libros y artículos sobre los casos de abusos sexuales, no porque se le acuse a él de esos actos, sino porque es sospechoso de haber encubierto desde el Vaticano a los curas corruptos. Su relación con el mexicano Marcial Maciel, el chileno Fernando Karadima, el colombiano Alfonso López Trujillo y los estadounidenses Bernard Law y Theodore McCarrick está demostrada.

Su nombre también aparece en varios escándalos sexuales de Polonia, sobre todo en el caso Julius Paetz. Este obispo andaba detrás de los seminaristas ofreciéndoles ropa interior ROMA, que se podía leer, decía, al revés: AMOR. Tuvo que dimitir. Dziwisz también conocía personalmente al sacerdote Józef Wesolowski, ordenado en Cracovia: “Este arzobispo, siendo nuncio en la República Dominicana se vio envuelto en un gran escándalo de abusos homosexuales antes de ser detenido en Roma por la gendarmería vaticana, a petición del papa Francisco”.

Algunos prelados polacos creen que “Dziwisz no pudo estar relacionado con ninguno de estos escándalos, porque lo desconocía todo”. Otros, sin embargo, piensan que “debería estar en la cárcel” por sus complicidades. Comenta Martel: “Es probable que las justicias nacionales que hoy investigan en docenas de países sobre abusos sexuales de la Iglesia

consigan aclarar estos misterios algún día. De momento Stanislaw Dziwisz no ha sido requerido por la justicia, no ha sido denunciado ni procesado”, pero “si un día fuese sometido a escrutinio, la imagen del pontificado de Juan Pablo II sufriría el impacto” (pp. 240-241).

El viaje de Juan Pablo II a Chile en 1987 dio al dictador Augusto Pinochet “una legitimidad internacional”. Entonces Angelo Sodano era nuncio en Santiago. En 1993, ya como Secretario de Estado, insistió para que el papa Juan Pablo II dispensara sus “gracias divinas” al general Pinochet con motivo de sus bodas de oro. Y en 1998, cuando Pinochet ingresó en un hospital del Reino Unido y fue retenido al pesar sobre él una demanda de extradición a España por sus crímenes, Sodano estuvo al quite: el Vaticano apoyó al dictador y se opuso públicamente a su extradición.

Fernando Karadima fue párroco en la parroquia de El Bosque, situada en un barrio elegante de Santiago de Chile. La parroquia no dista mucho de la nunciatura. Angelo Sodano era vecino de Karadima. Iba a pie a visitarle. En la parroquia tenía una habitación reservada, conocida como “la sala del nuncio”. A la misma parroquia acudía el séquito del dictador Augusto Pinochet.

Los abusos sexuales del sacerdote causaron indignación durante los años ochenta y noventa, pero el entorno de Pinochet y el episcopado chileno le protegieron. El Vaticano “también encubrió a Karadima e incluso pidió a la Iglesia chilena que no le denunciara”.

Karadima “iba a la caza de chicos jóvenes con problemas familiares y se las arreglaba para vincularlos a su parroquia. Poco a poco iba apartándolos de su familia y al final abusaba de ellos. Su método no dejaba de ser arriesgado, porque esos chicos solían pertenecer a las familias de la élite chilena”, dice Juan Pablo Hermosilla, abogado de varias víctimas.

Según los catorce testigos que declararon en el juicio y unas cincuenta denuncias registradas, los abusos sexuales empezaron a finales de los años sesenta y se prolongaron hasta 2010. Durante cincuenta años Karadima abusó de decenas de chicos de 12 a 17 años, por lo general, blancos y rubios (pp. 257-264).

Marcial Maciel es “la figura más diabólica” de la Iglesia católica de los últimos cincuenta años. El autor le aplica el pasaje del Evangelio del hombre poseído por el demonio. Cuando Cristo le pregunta por su nombre, contesta: “Me llamo Legión, porque somos muchos”. Fue protegido durante varias décadas por Juan Pablo II, por Stanislaw Dziwisz, secretario personal del papa, y por el cardenal Secretario de Estado, Angelo Sodano. Se calcula que Maciel agredió sexualmente a decenas de niños y un sinnúmero de seminaristas, “hoy se cuentan más de 200 víctimas”, “usaba identidades falsas, mantenía a dos mujeres con las que tuvo al menos seis hijos y no dudó en abusar sexualmente de ellos, dos le denunciaron después”.

En 1997 se reunió un completo expediente y al Vaticano sólo le quedaba poner coto a los abusos del depredador. En 2003 el propio secretario privado de Marcial Maciel informó al Vaticano de ciertos comportamientos criminales de su jefe, viajando personalmente a Roma con pruebas para presentárselas a Juan Pablo II, Stanislaw Dziwisz y Angelo Sodano, que no le escucharon. Según Federico Lombardi, portavoz de Benedicto XVI, el cardenal Ratzinger informó en varias ocasiones a Juan Pablo II de los crímenes de Marcial

Maciel y propuso que le destituyera y le redujera al estado laical, pero tropezó con el rechazo de Angelo Sodano y Stanislaw Dziwisz. Ratzinger era un hombre prudente, demasiado, y el papa no quería que nadie molestase a su “amigo” Marcia Maciel. En noviembre de 2004, con ocasión de los sesenta años de su ordenación sacerdotal, el papa acudió a celebrarlo. Las fotos de los dos hombres, enlazados afectuosamente, dieron la vuelta al mundo (pp. 270-277).

Se calcula que más de dos terceras partes de los cardenales, los arzobispos y los obispos mexicanos son “practicantes”. Una organización homosexual, FON, ha “sacado del armario” a 38 jerarcas católicos haciendo públicos sus nombres. Según el periodista Emiliano Ruiz Parra, “en México la mitad de los sacerdotes son gays, tirando por lo bajo, aunque decir tres cuartas partes sería más realista. Los seminarios son homosexuales y la jerarquía católica mexicana es gay de un modo espectacular”, “si Marcial Maciel hubiera hablado, toda la Iglesia mexicana se habría venido abajo” (pp. 284-285).

Alexis, un guardia suizo, sospecha que cuatro o cinco compañeros suyos son “probablemente gays”, “sabe, como todo el mundo, que varios cardenales y obispos han sido la comidilla en el Vaticano por vivir en pareja con un guardia suizo. Y, por supuesto, conoce la historia de las tres muertes violentas de 1998, en la muralla del Vaticano, donde un joven cabo de guardia, Cédric Tornay, habría asesinado en un arrebato de locura al comandante de la guardia suiza y a su mujer: Esa es la versión oficial, pero ningún guardia se la cree. ¡A Cédric lo suicidaron!” (pp. 310-311).

El 5 de octubre de 1979 Juan Pablo II comienza en Chicago su particular cruzada contra los gays ante todos los obispos estadounidenses: “Como pastores llenos de compasión, ustedes han estado acertados cuando han dicho: ‘La actividad homosexual, distinta de la tendencia homosexual, es moralmente malvada’. Con la claridad de esta verdad han dado un ejemplo de lo que es la caridad de Cristo, no han traicionado a quienes, a causa de la homosexualidad, enfrentan lamentables problemas morales, como habría ocurrido si, en nombre de la comprensión y la piedad, o por cualquier otra razón, hubieran dado falsas esperanzas a nuestros hermanos y nuestras hermanas”.

Según el teólogo polaco Krzysztof Charamsa, que trabajó como consultor en la Congregación para la Doctrina de la Fe, con el cardenal Ratzinger la cuestión homosexual llegó a ser una auténtica obsesión enfermiza. Se leían y releían las pocas líneas del Antiguo testamento dedicadas a Sodoma, se reinterpretaba una y otra vez la relación entre David y Jonatán, lo mismo que la frase de Pablo en el Nuevo Testamento que confiesa su sufrimiento por tener “una espina en la carne”. Según el teólogo polaco, que dejó la Congregación para vivir con su novio, “Pablo sugiere así su homosexualidad”. Comenta el autor: “La moral es siempre un instrumento de dominio. También es un terreno propicio a la hipocresía”. Entre los veinte cardenales que figuran hoy en la Congregación, “creemos que hay una docena de homófilos u homosexuales practicantes” (p. 319).

La cruzada contra los gays, durante el papado de Juan Pablo II, tuvo un protagonista especial: el cardenal colombiano Alfonso López Trujillo, nombrado arzobispo de Medellín en 1979 y en 1990 presidente del Consejo Pontificio para la Familia.

Según los periodistas que han investigado sobre el arzobispo de Medellín (especialmente Hernando Salazar Palacio en su libro “La guerra secreta del cardenal López Trujillo” y

Gustavo Salazar Pineda en “El confidente de la mafia se confiesa”), “el prelado estuvo vinculado a ciertos grupos paramilitares próximos a los narcotraficantes”.

Álvaro León, que fue “maestro de ceremonias” del arzobispo, afirma: “López Trujillo se desplazaba con miembros de los grupos paramilitares”, “les señalaba a los curas que hacían una labor social en los barrios pobres. Los paramilitares tomaban nota y a veces volvían para asesinarles, a menudo estos curas tenían que huir de la zona o del país” (pp. 328-329).

Toda la vida gay de Medellín se concentra alrededor de la catedral, en el distrito central de la ciudad que se llama Villa Nueva. Al salir de un centro LGBT, dice Martel, en la calle 57, nos cruzamos con un cura acompañado de su novio y Álvaro León, que les ha reconocido, nos los señala discretamente. Seguimos nuestra visita del barrio cuando, de repente, nos detenemos delante de un hermoso edificio de la calle Bolivia, también llamada Calle 55. Álvaro León señala con el dedo uno de los pisos: “Allí ocurrió todo. López Trujillo tenía un piso secreto adonde llevaba a los seminaristas, los jóvenes y los prostitutas” (pp. 334-335).

Acostarse con el secretario privado, dice Martel es un modelo omnipresente en la historia del Vaticano. La tendencia está tan arraigada que puede convertirse en la decimotercera regla de Sodoma: “No busquéis quiénes son los compañeros de los cardenales y de los obispos: preguntad a sus secretarios, a sus asistentes o a sus protegidos y por su reacción conoceréis la verdad”.

Añade el autor: “Un cardenal francés con el que trabé una relación de amistad estable vivió durante mucho tiempo con un sacerdote anglicano; un arzobispo italiano, con un escocés; un cardenal africano mantiene una relación a distancia con un jesuita del Boston College”, un cardenal francófono “adoptó a un inmigrante al que tenía un especial cariño”, “un cardenal hispano adoptó a su ‘amigo’, que se convirtió en su hijo (y siguió siendo su amante), otro cardenal anciano vive con su joven “hermano”, y las hermanas que comparten su apartamento entienden perfectamente que es su novio.

Una lógica ya analizada por el escritor francés Marcel Proust sobre los amores homosexuales sirve al autor para formular la decimocuarta regla de Sodoma: “A menudo nos equivocamos respecto a los sacerdotes y al número de personas con los que tienen relaciones, porque equivocadamente interpretamos amistades como enredos, lo que es un error por adición, pero también porque cuesta imaginar amistades como enredos, que es otro tipo de error, en este caso por sustracción” (pp. 613-615).

Con sus “Kikos”, sus Legionarios de Cristo y la ayuda del Opus Dei, el cardenal Rouco convocó a las masas contra el matrimonio gay. Cientos de miles de españoles llenaron las calles de Madrid con el lema: “La familia sí importa. Por el derecho a una madre y un padre” (18-6-2005). En la marcha había muchos obispos: “Fueron veinte los que se manifestaron contra el matrimonio gay” (p. 408).

El arzobispo de Barcelona, Juan José Omella, confirma a Martel el actual cambio de línea con palabras prudentes: “Después del Concilio, el episcopado español aprendió la lección: no somos político. No queremos intervenir en la vida práctica, aunque queremos expresar nuestro pensamiento desde el punto de vista moral”, “creo que debemos ser sensibles a

las inquietudes de la gente. No comprometernos en el plano político, sino en el respeto. Un respeto, no una actitud beligerante” (p. 412).

9. La dimisión de Benedicto

Francesco Lepore, al que Joseph Ratzinger prologó un libro, afirma lo siguiente del papa alemán: “Es evidente que un papa tan refinado, tan afeminado y tan próximo a su magnífico secretario particular (Georg Ganswein) era un blanco fácil para los militantes gais, pero el motivo de esos ataques es sobre todo sus posturas tan homófobas. Se ha dicho repetidamente que era un homosexual encubierto, pero nadie ha aportado ninguna prueba. Yo, personalmente, creo que es homófilo, por muchas razones, pero también creo que nunca ha sido practicante” (p. 548).

Sin embargo, la prensa italiana se entusiasma con la pareja como no lo hizo con ninguna reina, y le pone el mote a Georg: *Bel Giorgio*”. Por su parte, el secretario afirma; “Ser guapo no es pecado” (pp. 502-503).

Un sacerdote italiano, que trabaja en el Vaticano, no concede demasiado crédito a la homosexualidad de Ratzinger: “Hay imágenes y es cierto que cualquier gay que mire las fotografías de Benedicto XVI, su sonrisa, su porte, sus maneras, puede pensar que es homosexual. Todos los desmentidos del mundo no podrán disipar esta profunda convicción de la gente. Además, y esta es la trampa en la que cayó, siendo sacerdote, no puede desmentir esos rumores, porque no ha podido tener mujeres o amantes. ¡Un sacerdote no podrá jamás probar que es heterosexual” (p. 549).

En la vida de Joseph Ratzinger, dice el autor, “no hay mención de ninguna chica ni de ninguna mujer: las únicas que cuentan son su madre y su hermana, y no mucho”, “muchos testimonios confirman que su misoginia no cesó de endurecerse con los años. Sin embargo, cabe observar que muy tardíamente, en 2016, el entrevistador oficial del papa, Peter Seewald, descubrió milagrosamente una pulsión carnal única por una mujer”. Ese “gran amor” habría atormentado mucho al joven Ratzinger y complicado su opción por el celibato. ¡A sus casi 90 años, el papa se inventa de repente un affaire! Ese “loco por Elsa” deja entrever que (por supuesto, antes del voto de castidad) ¡estuvo enamorado de una mujer! ¿Quién iba a creerlo? Y de hecho nadie le creyó (p. 492).

Escribe el poeta latino Horacio: “Naturam expellas furca, tamen usque recurret”, “Expulsa la naturaleza con horca, retornará siempre”. En su libro de entrevistas “Luz del mundo”, el papa Benedicto habla de la enorme polémica mundial suscitada en su primer viaje a África, cuando declaró que la distribución de preservativos “agravaba” la epidemia: “Podrá haber casos fundados de carácter aislado, por ejemplo, cuando un prostituido utiliza un preservativo, pudiendo ser esto un primer acto de moralización... Pero esta no es la auténtica modalidad para abordar el mal de la infección con el VIH. Tal modalidad ha de consistir realmente en la humanización de la sexualidad”.

Comenta el autor: “Lo absolutamente extraordinario no es la frase del papa sobre el sida, sino su lapsus”. En África, donde la gran mayoría de los casos de sida afectan a personas heterosexuales, la única concesión que acepta Ratzinger es utilizar el masculino: un prostituido. Ningún heterosexual dirá espontáneamente “un prostituido”, siempre

utilizará el femenino, sin darse cuenta: “Nunca un lapsus fue más revelador” (pp. 519-520).

En 2005 el papa Benedicto XVI aprobó una instrucción publicada por la Congregación para la Educación Católica. Su autor fue el cardenal polaco Zenon Grocholewski, prefecto de la Congregación. El documento estipula que el acceso al sacerdocio está vedado a “quienes practiquen la homosexualidad, presenten tendencias homosexuales profundamente arraigadas o apoyen la llamada cultura gay”. Se añade una “excepción” para las personas que tengan “tendencias homosexuales que son la expresión de un problema transitorio, como por ejemplo de una adolescencia incompleta” (ib., 464).

Fuga de documentos. Paolo Gabriele, el mayordomo del papa, fotocopió “cientos de documentos confidenciales, varios miles de páginas, en la secretaría personal del papa Benedicto XVI, que acabaron en manos de la prensa en 2012”. Es lo que se conoce con el nombre de Vatileaks. “En realidad, dice Martel, nadie puede creer que el mayordomo actuara solo: se trata de una campaña, si es que no de un complot organizado al más alto nivel del Vaticano. El objetivo es desestabilizar al secretario de Estado, Tarcisio Bertone y, a través de él, al papa Benedicto”, “hay algo seguro: Vatileaks contribuyó a la caída del papa Benedicto XVI y a que saliera a la luz un grado de violencia inusitada en el corazón mismo del Vaticano. Sobre todo, porque no tardará en estallar un segundo caso, adecuadamente bautizado como Vatileaks II”.

Varios altos dignatarios de la Iglesia fueron relacionados con el primer Vatileaks: el cardenal estadounidense Jame Harvey, que contrató al mayordomo, el cardenal italiano Maro Piacenza, el arzobispo Carlo María Viganò, el futuro nuncio en EE UU, incluso el que fuera secretario particular de cardenal Ratzinger, Josef Clemens: “el mero hecho de haber sido trasladados, marginados o apartados por Benedicto XVI o por Francisco permitiría deducir la existencia de alguna relación con este asunto” (pp. 574-575).

Como observa el autor, el exsecretario de Estado Angelo Sodano prepara minuciosamente su venganza contra el nuevo secretario de Estado Tarcisio Bertone. Formado en el Chile de Pinochet, sabe cómo manejar la situación, los rumores que matan y los métodos expeditivos. Bertone tarda demasiado en comprender la magnitud de la batalla. Cuando lo haga, después del Vatileaks, será demasiado tarde. ¡Todo el mundo habrá sido jubilado anticipadamente junto con el papa! (p. 532).

Con el polaco Wojtyla, con el alemán Ratzinger y con el argentino Bergoglio la Conferencia Episcopal Italiana (CEI) ha perdido peso: “A no ser que se apartara del poder a los cardenales de la CEI por haberlo ejercido de un modo imprudente con Angelo Sodano y Tarcisio Bertone. O que les estén haciendo pagar hoy sus camarillas y sus arreglos de cuentas asesinos que pervirtieron el catolicismo italiano y quizá le costaron la vida a Juan Pablo I y la corona a Benedicto XVI. El caso es que la CEI ya no produce papas, y cardenales cada vez menos” (p. 433).

Benedicto XVI encargó a tres cardenales un informe del asunto: Josef Tomko, Julián Herranz y Salvatore De Giorgi: “Escuchamos a todo el mundo, dice Tomko. Intentamos comprender. Era un asunto entre hermanos, no era en absoluto un proceso como algunos dijeron más tarde”. El propio Benedicto XVI, en Últimas conversaciones, desveló los elementos del informe que estarían relacionados, según sugiere, con una “camarilla

homosexual” y un lobby gay. “Sabemos que los escándalos homosexuales constituyen uno de los elementos centrales del informe”, dice un sacerdote de la curia que ha trabajado para uno de los tres cardenales. El informe es una “mascarada” y hasta una “hipocresía”, afirma una persona que tuvo acceso a él. Los tres cardenales homófobos pretenden desentrañar la realidad de Sodoma, pero pasan por alto el conjunto del sistema al no comprender su amplitud y sus códigos (pp. 581-583).

El mayordomo declaró que había actuado por sentido del deber: “El sentimiento más fuerte que hay en mí es la convicción de haber actuado por amor exclusivo a la Iglesia de Cristo y al papa”, el Vaticano era el “reino de la hipocresía”, existía una “omertà” (ley del silencio) sobre la realidad de lo que ocurría.

“La mayoría de los actores de Vatileaks I y II son homosexuales”, afirma un arzobispo de la curia romana. En el Vatileaks II, el principal acusado es Lucio Ángel Vallejo Balda, sacerdote que está “en la órbita del Opus Dei” y que “en Madrid, forma parte del entorno del cardenal Rouco”: “Sin tener una inteligencia especial, pero con esa audacia que todo lo puede, Vallejo Balda se convirtió inesperadamente en el número dos de la APSA”, la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica. Encargado asimismo del control del banco vaticano, el sacerdote español dispone de toda la información, “documentos financieros ultrasensibles sobre el banco del Vaticano” aparecen publicados por los periodistas italianos Gianluigi Nuzzi y Emiliano Fittipaldi, “el mundo descubre, estupefacto, las innumerables cuentas corrientes ilegales, las transferencias de dinero ilícito y la opacidad del banco del Vaticano, con pruebas que lo apoyan”.

En el centro de todo el asunto, dice Martel, “hay una mujer, cosa rara en el Vaticano, Francesca Immacolata Chaouqui, una italiana-egipcia (sic) de 31 años”. Consultora de EY, fue nombrada experta de la comisión de economía de la santa sede. “El Vaticano inventó la historia de una relación entre Vallejo Balda y Francesca”. El objetivo de esta historia es “dar sentido a un asunto que no lo tiene, salvo si pensamos que Balda tenía otras relaciones que había que ocultar”, dice un sacerdote de la curia.

“Con toda probabilidad, comenta Martel, la pretensión de Vatileaks II era desestabilizar a Francisco, del mismo modo que el objetivo de Vatileaks I era destronar a Bertone y a Benedicto XVI. La operación podría haber sido diseñada por los cardenales de la curia ratzingeriana opuestos a la línea política del nuevo papa, y ejecutada por Balda”. En el proceso, el Vaticano acusó de organización criminal a cinco personas: Vallejo Balda, su secretario particular, la consultora Francesca y los dos periodistas que divulgaron los documentos. Balda será condenado a 18 meses de cárcel: tras haber cumplido la mitad, es puesto en libertad y enviado a su diócesis de origen. Los cardenales que pudieron ser los promotores del caso o los cómplices de Balda no fueron importunados por los tribunales del Vaticano (pp. 576-580).

Los abusos sexuales de la Iglesia son “la mayor catástrofe de la historia del catolicismo desde la Reforma”, afirma un sacerdote francés. Según Federico Lombardi, que fue portavoz del papa, “Benedicto XVI actuó con destreza y fue el primer papa que se tomó en serio la cuestión de los abusos sexuales de los sacerdotes”, “redujo al estado laical a más 800 sacerdotes declarados culpables”. Sin embargo, en el prefacio de *Últimas conversaciones*, libro del papa Benedicto (2016), se menciona la cifra de 400, es decir, la mitad. Además, “todos los casos de abusos sexuales, como había deseado el cardenal

Ratzinger desde la década de 1980, iban a parar a la Congregación para la Doctrina de la Fe”. Joseph Ratzinger, que fue prefecto de esta Congregación y luego papa, estuvo a cargo del archivo entre 1981 y 2013, es decir, durante más de treinta años”.

“La justicia no existe en el Vaticano. Los procedimientos no son fiables, las investigaciones no son creíbles, hay una grave falta de medios y las personas son incompetentes”, “es una parodia de justicia”, afirma un arzobispo cercano a la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Giovanni María Vian, el director de L’Osservatore Romano, reconoce que “se niega a publicar la reseñas de las audiencias y de los juicios en el periódico oficial del Vaticano porque desacreditaría a toda la institución”.

Ese juicio severo, dice Martel, “quedaría matizado si tomamos en cuenta el trabajo riguroso que realizan algunos cardenales y obispos, por ejemplo, el llevado a cabo por Charles Scicluna, arzobispo de Malta, en los casos Marcial Maciel en México y Fernando Karadima en Chile”.

El caso es que para el papa Benedicto XVI la sucesión ininterrumpida de revelaciones sobre los abusos sexuales de la Iglesia termina siendo un fracaso propio: “Su pensamiento, dice Martel, minuciosamente elaborado en el Vaticano durante cuatro décadas, estalla en pedazos. Este fracaso intelectual forzosamente debió contribuir a su renuncia” (pp. 586-589).

Hace unos años, Roberto Ortega, que fue coronel de las Fuerzas Armadas Revolucionarias cubanas y está exiliado en EE UU, dio a entender que el arzobispo Jaime Ortega llevaría una doble vida: habría tenido relaciones íntimas con un agente del servicio secreto cubano, descrito como un “negro macizo de seis pies de altura” (1,83 metros), “el gobierno cubano tendría videos y pruebas concretas sobre Jaime Ortega. Estos elementos eran útiles como medio de presión o de chantaje al cardenal, a fin de garantizar su pleno apoyo al régimen de Castro”.

Orlando Márquez, director del periódico del episcopado cubano “Palabra Nueva” y portavoz del cardenal Ortega, con quien ha estado trabajando veinte años, dice al respecto: “Es un rumor muy antiguo. Lo he escuchado muchas veces. Es porque lo enviaron a los campos de los UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción), ahí es donde comenzó el rumor. ¡Hay personas que me dicen que yo también soy gay porque estoy cerca de Ortega!”, agrega Márquez estallando en carcajadas (pp. 600-602).

Fabrice Rivet, que fue el número dos de la nunciatura en La Habana, en ningún momento habla mal del cardenal Ortega, pero comenta: “Es muy controvertido”. Los cardenales Pietro Parolin y Beniamino Stella, que fueron nuncios en Venezuela y en Cuba, están bien informados de la situación.

Otros en Roma y en La Habana afirman: “Es impresionante el número de homosexuales entre los sacerdotes y los obispos de Cuba”, “luego están los sacerdotes y preladados del Vaticano que visitan Cuba regularmente como turistas sexuales, con la bendición de la jerarquía católica cubana”, también hablan de abusos sexuales “internos” a seminaristas o sacerdotes jóvenes, perpetrados por preladados.

Según un disidente entrevistado en La Habana, “el cardenal Ortega está al corriente de todo lo que sucede en el arzobispado: lo controla todo. Pero si hubiera dicho algo sobre los abusos sexuales dentro de la Iglesia, los cometidos por las personas de su círculo más próximo y por los obispos, su carrera habría terminado. De modo que cerró los ojos” (pp. 603-604).

Roberto Veiga, que fue responsable del diario católico “Espacio Laical” y trabajó durante diez años con el cardenal Ortega, afirma lo siguiente: “El viaje de Benedicto XVI a Cuba fue un caos. El papa estaba fuera de sí, consternado y profundamente conmocionado porque acababa de enterarse de la magnitud de los abusos sexuales de la Iglesia cubana”, “una semana después de su viaje a Cuba (en marzo de 2012) decidió renunciar”.

Ya en México, durante el mismo viaje, el papa había sufrido un desengaño. Pero ¡Cuba! Así que no se trata de algunos excesos, es todo un sistema. En México, donde se hirió levemente la cabeza en una caída, el papa sufre físicamente. En Cuba, comienza a sufrir moralmente. Todos los testigos lo confirman: el viaje fue “horrible”.

Federico Lombardi, que fue portavoz del papa, lo confirma: “Sí, fue en su viaje a México y a Cuba cuando el papa Benedicto XVI empezó a contemplar la idea de su renuncia”. Unas semanas más tarde, el papa decide renunciar, aunque no anunciará públicamente su decisión “hasta seis meses más tarde”. En su libro “Últimas conversaciones”, el papa apunta dos veces al viaje a Cuba como el momento desencadenante, aunque sólo se refiera a su fatiga física y a la “carga” que supone su misión papal. El Vaticano explicó la renuncia del papa “por problemas de salud”, pero incluso algunos cardenales reconocen que hubo “otros factores” (pp. 604-608).

En el Vaticano, dice Martel, los transexuales prácticamente no existen y los bisexuales están poco representados. No he hablado de lesbianismo, añade, porque no se puede realizar una investigación en un mundo tan discreto en el que no se puede probablemente acceder fácilmente si no eres de sexo femenino; no obstante, supongo, a partir de muchos testimonios, que la vida religiosa femenina en Gomorra está dominada por el lesbianismo, como la vida del clero masculino lo está por la cuestión gay (p. 611).

Confesión del autor: “El mundo que yo he descrito en este libro no es el mío. Yo no soy católico. Ni siquiera soy creyente”, “tampoco soy anticlerical y, además, este libro no va contra el catolicismo, sino que en primer lugar, y ante todo, pese a lo que pueda pensarse, es una crítica algo especial a la comunidad gay, una crítica a mi propia comunidad. Esta es la razón por la que me parece útil recordar a modo de epílogo la historia de un sacerdote que me influyó mucho cuando era joven”, “yo fui cristiano hasta los 13 años. En aquella época, en Francia, el catolicismo era, por así decirlo, la religión de todo el mundo. Era un hecho cultural, casi banal. El sacerdote de que les hablo se llamaba Louis”, “era joven y simpático. Daba una buena imagen de la Iglesia”, un aristócrata, de origen belga, un intelectual que hablaba la lengua sencilla de los pobres. Licenciado en filosofía y teología, completó su formación con un título en derecho canónico por la Universidad Gregoriana de Roma.

Era a la vez el producto del Vaticano II, de su modernidad, y el heredero de una concepción conservadora de la Iglesia, que le hacía sentir nostalgia del latín y de los ropajes de ceremonia. Amó apasionadamente a Pablo VI y un poco menos a Juan Pablo

II. A diferencia de otros sacerdotes, no era misógino y le gustaba la compañía de las mujeres. Por eso no tardaron en atribuirle una amante, una militante socialista local. Por último, se le acusó de relaciones contra natura con marineros del puerto de Toulon; se dijo que recorría el mundo en busca de aventuras.

“En mi caso, dice Martel, el diálogo con Dios, y con el padre Louis, cesó cuando entré en el Instituto de Avignon. Nunca aborrecí el catolicismo, simplemente lo olvidé”. Cuando estaba acabando este libro, una de las amigas de Louis, una parroquiana progresista con quien había seguido manteniendo el contacto, decidió comentarle al autor: “Louis era homosexual. Llevaba una doble vida”, “murió a causa del sida”, “prácticamente solo, abandonado casi por todos, con grandes dolores. No quería morir. Se rebeló contra la muerte”. Unas monjas, con una entrega extraordinaria, lo rodearon de un afecto anónimo hasta el día de su muerte, a principios de 1994. Un arzobispo aceptó presidir la concelebración. Unos días después, y cumpliendo sus deseos, sus cenizas fueron esparcidas en el mar, discretamente, por cuatro mujeres desde un pequeño barco que él había comprado (pp. 621-629).

10. El juicio de Sodoma

Ciertamente, el libro es explosivo, como lo es el asunto investigado. Sin embargo, al abordar la homosexualidad clerical como sistema, aunque el autor no lo pretenda, hace un gran servicio a la necesaria purificación de la Iglesia. El seminario y el sacerdocio como vía de escape y refugio para personas homosexuales es un aspecto a revisar dentro del sistema clerical.

El sistema ha funcionado también como factor de promoción social y muchos fueron así reclutados, aunque luego abandonaran el seminario o el sacerdocio. No hay cifras oficiales, pero se estima que después del Concilio unos 100.000 curas han abandonado el sacerdocio en todo el mundo, unos 6.000 en España, en muchos casos para casarse con una mujer.

Se puede discutir el porcentaje de curas homosexuales que recoge el autor. Según afirma el investigador Pepe Rodríguez en su libro “La vida sexual del clero” (1995), “a partir de una muestra de 354 sacerdotes en activo que mantienen relaciones sexuales”, “domina la práctica heterosexual en el 65% de los casos, frente al 35% que mantiene una orientación homosexual” (Rodríguez, 21-22). Se puede discutir también el número de códigos de Sodoma. No todos son igualmente evidentes. Podrían ser menos.

El papa Francisco lo reconoció ante un grupo de la CLAR (Confederación Latinoamericana de Religiosos): “Es verdad, en el Vaticano hay un lobby gay”, “está ahí...hay que ver qué podemos hacer” (El Mundo, 11-6-2013). El acceso a ambientes vaticanos que ha tenido el autor no es posible sin una autorización superior.

Una persona homosexual, como Martel, puede captar mejor las leyes, reglas o códigos del sistema presentes en diversos ambientes, pero también puede proyectarse, pensando que otros son de su condición. Me sorprende, por ejemplo, que el autor considere homosexual al arzobispo Marcinkus. Sabrina Minardi, que fue amante del mafioso Enrico De Pedis, conoce la orientación sexual del arzobispo. Dice en su libro “Segreto criminale”: “No sé qué le habrían dicho a monseñor, si le habrían dicho o no que yo era una chica alegre y cariñosa con quien era generoso, en suma, que él quería estar

conmigo”, el monseñor “fue muy directo. No usó preámbulos”, “no sabes cuántas chicas le he llevado a Marcinkus” (pp, 114-116). Los testimonios anónimos que frecuentemente introduce el autor o expresiones impersonales como “se dice” quitan valor a su investigación. No son de recibo.

El teólogo polaco Krzysztof Charamsa, que dejó la Congregación de la Doctrina de la Fe para vivir con su novio, también se proyecta cuando afirma que Pablo sugiere su homosexualidad con la expresión “una espina en la carne” (2 Co 12, 7). En realidad, Pablo recuerda a los gálatas una enfermedad que le abofetea: “Bien sabéis que una enfermedad me dio ocasión para evangelizaros por primera vez; y, no obstante la prueba que suponía para vosotros mi cuerpo, no me mostrasteis desprecio ni repulsa”, “puedo aseguraros que os hubierais arrancado los ojos, de haber sido posible, para dármelos” (Ga 4, 13-15). Esa enfermedad, que remite a los ojos, es con gran probabilidad (del 76 %) una secuela de la fulguración que le derribó por tierra en el camino de Damasco (ver Proyecto catecumenal I, Pablo de Tarso).

Siguiendo la cultura dominante, el autor no parece reconocer que, según los casos, la homosexualidad puede ser superada. Tal es el caso de Agustín de Hipona (354-430), que en sus “Confesiones” reconoce una relación homosexual a los 16 años: “Cuando llegué a Cartago (370), bullía a mi alrededor un caldero de amores ilícitos. Yo nunca había amado y estaba ansioso por amar (...). De modo que contaminé al agua primaveral de la amistad con la suciedad de la concupiscencia. Enlodé su limpia corriente con el infierno de la lujuria y, a pesar de ser impuro e inmoral, con mi exceso de vanidad solía comportarme como un hombre de mundo que frecuentaba los lugares elegantes que están de moda. Me zambullí de cabeza en el amor, ya que anhelaba que me atrapase” (3,1). La relación apenas duró un año: “fue arrebatado a mi locura para poder ser preservado contigo para mi consuelo. Pocos días después, estando yo ausente, regresaron las fiebres y falleció”, “todo lo que había compartido con él, sin él quedaba reducido a un tormento cruel” (4,8-9).

Luego Agustín tiene relaciones heterosexuales: “Durante estos nueve años, desde los diecinueve hasta los veintiocho, permanecí así, seducido y seductor, engañado y engañador, entregado a diversas pasiones” (4,1), “durante aquellos mismos años, yo vivía con una mujer que no estaba unida a mí por el matrimonio llamado ‘legítimo’, pero que la imprudencia de un ardor inquieto me hizo encontrar. Pero era la única mujer que había conocido, y le conservaba la fidelidad del lecho” (4,2). No se valoró esa relación como matrimonio “de hecho” o “de uso”. Además, dice Agustín, “me impulsaban, dice Agustín, incesantemente a tomar esposa. Ya había sido efectuada una demanda, ya me habían otorgado una novia. Mi madre se había ocupado de ello con gran celo”, “la jovencita ya había sido pedida. Pero faltaban dos años para que fuese núbil. Como ella gustaba, no debíamos más que esperar” (6, 23), “cuando me fue arrancada de mi flanco, como un obstáculo para la unión proyectada, la mujer que compartía mi lecho, mi corazón, al que ella estaba fuertemente agarrada, sintió una herida desgarradora, y conservó durante mucho tiempo la huella sangrante. Partió de nuevo hacia el África, después de jurar ante Vos (ante Dios) que no conocería a ningún otro hombre. Me dejaba el hijo natural que me había dado”, “impaciente al pensar que debería esperar todavía dos años, menos enamorado del matrimonio que esclavo del placer, me procuré otra mujer, una amante, como para alimentar y prolongar la enfermedad de mi alma” (6,25).

Lo recoge en su libro “Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad” (1992) John Boswell, profesor de Historia Medieval en la Universidad de Yale. Carlomagno (742-814), que se consideraba personalmente responsable de la creación de una Europa cristiana, parece haberse conmovido al enterarse de que entre los monjes de su reino había “sodomitas”, pues “la vida y la castidad de los monjes es la mayor esperanza de salvación de todos los cristianos”. Instó a los monjes a “esforzarse por preservarse de tales males”, pues “no se arriesgaba a permitir por más tiempo semejantes debilidades en su reino, y mucho menos aún entre quienes deberían ser especialmente castos y devotos”. Se aprobó un edicto que exhortaba a los sacerdotes y a los obispos a tratar por todos los medios de prohibir y erradicar este mal, pero no se estableció ninguna clase de castigo (Boswell, 204).

Sin embargo, en la corte de Carlomagno, en el círculo de amigos clericales presididos por Alcuino se daba el elemento erótico. Los íntimos de este círculo se conocían recíprocamente por sobrenombres, la mayoría de ellos derivados de alusiones clásicas, sobre todo de la *Églogas* de Virgilio. El propio Alcuino “dio a un discípulo favorito el nombre de uno de los integrantes de una pareja de amantes, Alexis y Coridon” (ibidem, 214).

El Libro de Gomorra, escrito por Pedro Damiano hacia 1051, condena las prácticas homosexuales, sobre todo, entre miembros del clero. De modo especial, condena a los clérigos involucrados en prácticas homosexuales con sus subordinados, denuncia a los sacerdotes sodomitas que evitan las penas eclesiásticas mediante el recurso a la confesión para absolverse. El papa León IX (1002-1054) pensó que Pedro Damiano exageraba y suavizó sus propuestas, actuando “más humanamente” con quienes no contravinieran las normas “de forma reiterada y con muchos”.

El concilio I de Letrán (1123), remitiendo al canon 3 del concilio de Nicea (325), prohíbe la cohabitación de clérigos con mujeres “a excepción de madre, hermana o tía, o bien de mujeres de las que no se pueda tener alguna sospecha”. El concilio II de Letrán (1139) sigue la misma norma y la confirma el concilio III de Letrán (1179), dando origen a la actual ley canónica del celibato obligatorio.

Según el Derecho Canónico (1983), “los clérigos están obligados a observar una continencia perfecta y perpetua por el Reino de los cielos y, por tanto, quedan sujetos a guardar el celibato, que es un don peculiar de Dios, mediante el cual los ministros sagrados pueden unirse más fácilmente a Cristo con un corazón entero y dedicarse con mayor libertad al servicio de Dios y de los hombres” (c. 277,1).

El argumento del dominico Adriano Oliva según el cual Tomás de Aquino (1225-1274) considera la relación homosexual “conforme a la naturaleza de la persona homosexual tomada en su individualidad” lo recoge en su libro John Boswell: “Podría ocurrir que algo que se opone a la naturaleza humana, ya sea en relación con la razón, ya con la preservación del cuerpo, sea connatural para un individuo en particular, debido a algún defecto (“alguna corrupción”) de la naturaleza en él existente” (Boswell, 343; ver Suma Teológica, 1a. 2ae, 31, 7). Sin embargo, también dice Tomás de Aquino que la cópula entre hombres “especialmente se llama vicio contra natura” (1ª.2ae, 3 ad 2), se llama vicio contra natura “si la cópula se hace no con el debido sexo, es decir, hombre con hombre o mujer con mujer” (2a.2ae, 154, 11), entre los vicios contra natura “está el vicio sodomítico, en el que no se observa el debido sexo” (ib., 154, 12).

Lecciones de la historia. “Purga Romam, purgatur mundus”, “purifica Roma, se purifica el mundo”: es el santo y seña que asume el papa Adriano VI (1459-1523). La reforma de la Iglesia ha de comenzar por la Curia. Hombre ascético y piadoso, Adriano se siente llamado “al martirio y a la cárcel”: “Sabemos muy bien que también en esta santa sede han acontecido desde muchos años atrás cosas abominables”, “no es de maravillarse que la enfermedad se haya propagado de la cabeza a los miembros, de los papas a los preladados. Todos nosotros, preladados y eclesiásticos, nos hemos desviado del camino del derecho y tiempo ha ya que no hay ni uno solo que obre el bien”, “pondremos todo nuestro empeño porque se corrija ante todo esta corte romana, de la que tal vez han tomado principio todas estas calamidades; luego, como de aquí salió la enfermedad, por aquí comenzará también la curación y la renovación. Nos sentimos tanto más obligados, cuanto el mundo entero desea esta reforma”, “sin embargo, nadie se maraville de que no arranquemos de golpe todos los abusos, pues la enfermedad está profundamente arraigada y tiene múltiples capas. Hay que proceder paso a paso, a fin de no embrollar más las cosas por una reforma precipitada. Porque con razón dice Aristóteles que todo súbito cambio en una comunidad es peligroso” (Jedín, V, 175).

Como afirma Ludwig Hertling en su “Historia de la Iglesia”, “es posible que al fin hubiera logrado imponerse, pero murió al cabo de un año”, el 14 de septiembre de 1523. En su sepulcro en la iglesia alemana de Santa María del Ánima se lee la siguiente inscripción: “¡Ay, dolor! ¡Que los méritos de un hombre, aun del mejor, dependan tanto del tiempo en que le tocó vivir!” (Hertling, 307).

A la muerte de Julio III, en 1555, “los cardenales del partido rigurosamente eclesiástico estaban firmemente decididos a no tolerar componenda alguna. El elegido había de ser el mejor”. El cardenal Marcelo Cervini “fue elegido en un cónclave muy breve, y adoptó el nombre de Marcelo II. La reforma parecía finalmente un hecho, cuando a las tres semanas murió el nuevo papa. La impresión fue abrumadora” (ibidem, 341).

Hubert Jedin lo constata en su “Manual de historia de la Iglesia”: “Intentos de reforma de las oficinas curiales los hubo desde finales de los concilios de reforma bajo Pío II, Sixto IV, Alejandro VI y en el concilio V de Letrán (1512-1517), pero ninguno fue llevado a término” (Jedín, V, 632-633).

El autor no valora el paso adelante que dio la Congregación para la Doctrina de la Fe en su “Declaración sobre ciertas cuestiones relativas a la ética sexual” (1975). En un contexto en que la homosexualidad estaba penalizada en muchos países, el texto habla de tratar a los homosexuales con comprensión y animarles con la esperanza de superar sus dificultades personales. Dice también: “Su culpabilidad habrá de ser juzgada con prudencia” (n. 8), lo que en cierto modo puede facilitar la expresión de Francisco: ¿Quién soy yo para juzgar? El texto afirma que no se puede justificar moralmente los actos homosexuales “sobre la base de que serían concordes con la condición de estas personas”.

El sacerdote, teólogo y psicoanalista alemán Eugen Drewerman, apartado de su cátedra y del sacerdocio, afirma en su libro “Clérigos” (1995) que, según la declaración de la Congregación, “en la homosexualidad hay que distinguir entre formas curables e incurables, y eso requiere una gran prudencia a la hora de emitir un juicio, especialmente sobre la homosexualidad incurable”, “en cualquier caso, una curación sólo es posible, si no se hipoteca de antemano la cuestión de la homosexualidad con prejuicios de naturaleza moral. La mayoría de los homosexuales, sobre todo los así prejuzgados por la Iglesia, sufren

angustiosos sentimientos de culpabilidad, por el mero hecho de la inclinación de sus pulsiones”, pero “habrá que preguntarse si, hasta cierto punto, esos sujetos han llegado a adquirir un comportamiento homosexual precisamente por haber sido víctimas de una determinada educación por parte de la Iglesia” (Drewermann, 526-527).

En la Biblia aparece el pecado de Sodoma. No es sólo un “problema de hospitalidad”, como dice el autor (p. 281). Es un delito especial la violación que los hombres de la ciudad intentan cometer contra los huéspedes de Lot (Gn 19,4-5).

En el Evangelio, Jesús remite al proyecto original de Dios: "Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne" (Mt 19,5). Jesús suprime las concesiones que hizo Moisés: "Si uno se divorcia de su mujer - no hablo de unión ilegal - y se casa con otra, comete adulterio" (Mt 19,9; ver Mt 5,32 y Lc 16,18). La expresión “unión ilegal” (en griego, “porneia”) se refiere a las uniones prohibidas en el Levítico, una de ellas la unión homosexual (Lv 18,20). Los discípulos perciben perfectamente la posición de Jesús: no hay excepción en caso de divorcio. Le dicen: “Si tal es la condición del hombre respecto de la mujer, no trae cuenta casarse”. Pero él les dice: “No todos entienden este lenguaje, sino aquellos a quienes se les ha concedido”. Y hay cosas más difíciles: “Hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos hechos por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el reino de los cielos. Quien pueda entender, que entienda” (Mt 19,10-12).

En el ambiente de corrupción del puerto de Corinto, Pablo denuncia la actitud de quienes dicen: “Todo me es lícito”. En la comunidad no cabe la “unión ilegal”, por ejemplo, el incesto, el adulterio, la unión homosexual (1 Co 5,1; 6,9-10; Lv 18,6-20). Otra cosa es fuera de la comunidad: “Al escribiros en mi carta que no os relacionarais con los impuros, no me refería a los impuros de este mundo en general”, “de ser así, tendrías que salir del mundo” (1 Co 5,9-10). En la carta a los romanos, Pablo denuncia la corrupción de un mundo que se aparta de Dios: "Sus mujeres invirtieron las relaciones naturales por otras contra la naturaleza; igualmente los hombres, abandonando el uso natural de la mujer, se abrasaron en deseos los unos por los otros" (Rm 1,26-27).

Algunos criterios de discernimiento. En la homosexualidad pueden concurrir diversos factores: físicos, psíquicos, familiares, sociales, culturales, ambientales. Si la homosexualidad puede superarse, debe superarse. La persona homosexual no debe ser discriminada legalmente. Debe ser acogida con comprensión. Su responsabilidad personal debe ser juzgada con prudencia. Hay situaciones que sólo Dios puede juzgar (1 Co 5,13).

El celibato es una opción radical por la que el discípulo queda plenamente disponible al servicio del evangelio (Mt 19,12). Ahora bien, si Cristo confió el ministerio apostólico a hombres casados (y no casados) y los apóstoles, a su vez, hicieron lo mismo, de esa misma manera puede y debe actuar la Iglesia. Dice Pablo, aunque manifiesta cuál es su posición personal y su preferencia: “En cuanto al celibato, no tengo mandato del Señor” (1 Co 7,25). En cualquier caso, es fundamental que la opción sea fruto de la gracia de Dios (no de la ley) y sea claramente libre. Como dice el proverbio, “la libertad todo lo llena de luz”. Y Pablo: “Donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad” (2 Co 3,17). En el caso del juramento, al discípulo le debe bastar la sinceridad fraterna: “No juréis en modo

alguno”, “lo que pasa de ahí viene del maligno” (Mt 5, 34-37). En el caso del celibato podría decirse lo mismo: “es una opción libre”, “lo que pasa de ahí, viene del maligno”.

El investigador Pepe Rodriguez denuncia el celibato obligatorio como instrumento de control y estrategia económica: “Las habituales transgresiones del celibato, al chocar con la agobiante formación recibida y con la prohibición canónica, suelen generar mala conciencia y sentimientos de culpa –más o menos enfermizos- entre el clero, aspectos que lo convierten en más fácil de manipular, gobernar y explotar por la institución católica”, “pero, al margen de ser un instrumento fundamentalmente para lograr el dominio y el control del clero, la ley del celibato obligatorio es una estrategia fundamentalmente economicista, que permite abaratar los costes de mantenimiento de la plantilla laboral de la Iglesia Católica y, al mismo tiempo, incrementar su patrimonio institucional” (Rodriguez, 70).

Dice también: “Si tenemos en cuenta que, entre la población en general, la media de varones con tendencia exclusiva hacia la homosexualidad se cifra entre un 4% y un 6% del total, los porcentajes estimados para el clero son anormalmente altos, aunque no por ello injustificados ni difíciles de explicar”.

Algunos factores: “Las circunstancias estructurales de la propia Iglesia Católica que inciden sobre la formación de los sacerdotes potenciando estructuras de personalidad inmaduras, problemas de definición psico-sexual, limitaciones serias para poder entablar relaciones normalizadas de confianza y afecto con figuras femeninas, etc”, “los conflictos de personalidad derivados del crecimiento en el seno de familias católicas muy represoras, moralistas y culpabilizadoras (con especial tendencia negativa del apego psicopatológico a un cierto perfil de madre”, “el aislamiento en un universo de varones donde la mujer y lo femenino son satanizados”.

Debemos tener en cuenta la siguiente diferencia: “Hay jóvenes con una caracterizada tendencia homofílica, que precisamente ingresan en el seminario sacerdotal porque, desde el primer momento, sospechan de la existencia allí de gran número de jóvenes con sus mismas inclinaciones”, “otra categoría la forman aquellos jóvenes que son de tendencia heterosexual, pero para quienes la homofilia y la homosexualidad se convierten en una válvula de sustitución para la relación con el otro sexo, reprimida y prohibida por parte de la Iglesia”, “los internados, seminarios, conventos y prisiones son lugares privilegiados para contactos con personas del mismo sexo, en el más amplio sentido de la palabra” (ibidem, 169-170)

El papa Wojtyla se ha caracterizado por una posición cerrada (rigorista) en diversos temas relacionados, de una u otra forma, con la sexualidad, como la secularización de los sacerdotes, la ordenación de casados, la ordenación de mujeres o la regulación de la natalidad. A la hora de hacer balance de su pontificado, hay que juzgar estas actitudes a la luz de la palabra de Dios, pues – como dice el Concilio – el papa “no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio” (DV 10). De una forma especial, en el pontificado de Wojtyla prospera el fariseísmo institucional que denuncia el Evangelio. “Atan cargas pesadas y las echan sobre las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas” (Mt 23,3; ver El día de la cuenta, 325-326).

El 21 de agosto de 2013 el nuncio polaco Józef Wesolowski es destituido. El 2 de septiembre de 2013 la periodista dominicana Nuria Piera denuncia que estaba envuelto en casos de abuso sexual a menores. El 4 de septiembre, las autoridades judiciales dominicanas inician una investigación. En enero de 2014 se informa que el Vaticano ha rehusado extraditar al nuncio a su Polonia natal. El Vaticano respondió a la Oficina del Fiscal de Distrito de Varsovia: “El arzobispo Wesolowski es un ciudadano del Vaticano y la ley vaticana no permite su extradición”. El nuncio muere el 27 de agosto de 2015. Su juicio había despertado expectación internacional, pero precisamente cuando comenzaba el proceso sobrevino su “muerte natural”.

La dominicana Sergia Galván, directora de Colectiva Mujer y Salud, comenta al respecto: “La muerte de Wesolowski resulta muy sospechosa porque ocurrió cuando iba ser enjuiciado. La autopsia de su cadáver debió practicarla una entidad imparcial e independiente, dada la gravedad del caso. Sin embargo, la realizó el propio Vaticano que determinó ‘muerte natural’. Con ese fallecimiento, entre comillas, la Santa Sede intenta evadir la responsabilidad por los crímenes de su nuncio”, “es una burla para las víctimas”.

El problema de la pederastia conmociona a la Iglesia. Obviamente, no se puede identificar homosexualidad y pederastia. Sin embargo, debe tenerse en cuenta lo que denuncia Carlo María Viganò: “Como ha escrito recientemente Janet Smith, profesora de Teología Moral en el Sacred Heart Major Seminary de Detroit, el problema de los abusos del clero no podrá ser resuelto simplemente con la dimisión de algunos obispos, ni mucho menos con nuevas directrices burocráticas. El centro del problema está en las redes homosexuales en el clero que deben ser erradicadas”. Según el informe independiente del Colegio John Jay de la Universidad de Nueva York, “en los casos de abusos sexuales (constatados en EEUU) el 81% de las víctimas son varones”.

La pederastia no sólo es pecado, también es delito. Los tiempos cambian. Según el viejo Código de Derecho Canónico (1917), los clérigos “gozan del privilegio del fuero” y no pueden ser emplazados ante un juez laico “sin la licencia del Ordinario del lugar en que se instruye la causa” (c. 120). Este privilegio desaparece en el nuevo Código (1983). Según el nuevo Código, el clérigo que cometa un delito contra el sexto mandamiento del Decálogo “con un menor que no haya cumplido los dieciséis años de edad, debe ser castigado con penas justas, sin excluir la expulsión del estado clerical, cuando el caso lo requiera” (c. 1395; ver el viejo c. 2359).

El pasaje del escándalo de los pequeños es pertinente y aplicable al problema de la pederastia: “Al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos, y le hundan en lo profundo del mar” (Mt 18,6). Como afirma el teólogo González Faus, “fueron precisamente los cristianos los primeros en alzarse contra la pederastia, admitida en la sociedad antigua como testifican Marcial, Catulo, Horacio y otros” (RD, 3-11-2018).

Desde hace 50 años, se está produciendo un hecho inexorable, que para muchos puede resultar desconcertante: el desmoronamiento de la vieja cristiandad. Indicadores no faltan. Por ejemplo, en España el número de sacerdotes ha bajado un 40% en la última década. Los curas que vienen de otros países son más de 500, pero el porcentaje es muy bajo en el total de los 18.633 sacerdotes de nuestro país. En la Conferencia de Aparecida

(2007) se dio el dato: "en los últimos diez años han abandonado la Iglesia unos 30 millones de católicos latinoamericanos" (Vida Nueva, nn.2798 y 2800).

¿Cuál es la causa de ese desmoronamiento? El diagnóstico lo hace el Concilio: "El género humano se halla hoy en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero" (GS 4). Hay que "escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio". No es culpa del Concilio, ni de una interpretación inadecuada del mismo.

La vieja cristiandad, con sus ruinas seculares, se desmorona. No aguanta la sacudida del terremoto, los cambios profundos y acelerados del mundo contemporáneo. Lo dijo Juan Pablo I a su consejero teológico don Germano: "Tú eres testigo. El Concilio no rompió las barreras de contención, como se decía y se sigue diciendo todavía por mentes desafortunadas. No fue la causa del derrumbe de ideas y valores, de reglas, tradiciones y costumbres hasta entonces válidas e intocables. El Concilio llegó por voluntad de Dios a un mundo en rápida transformación cultural, social y religiosa". Lo recoge Camilo Bassotto en su libro "Il mio cuore è ancora a Venezia" (Bassotto, 132).

En esa situación de crisis llega el Concilio y remite a las fuentes de la experiencia comunitaria como modelo de renovación. El papa Juan, dice Luciani, lo anunció al mundo el 13 de noviembre de 1960: "La obra del nuevo Concilio Ecuménico tiende solo a hacer brillar en el rostro de la Iglesia de Jesús los rasgos más bellos y más puros de su origen". El papa Luciani tomó grandes y arriesgadas decisiones: "revisar toda la estructura de la Curia, ese aparato que quería gobernar para no verse condicionado", "el presidente del IOR debe ser sustituido", "hacer frente a la masonería y a la mafia" (Bassotto, 125, 230 y 237-239).

El Concilio ve en la experiencia comunitaria de los orígenes (Hch 2,42-47) el modelo no sólo de la vida religiosa (PC 15,1), de la de los misioneros (AG 25,1) y de los sacerdotes (PO 17,4 y 21,1), sino de todo el santo pueblo de Dios (LG 13,1;DV 10,1). Así nace, así renace, así se renueva la Iglesia: volviendo al cenáculo (Hch 1,13-14 y 21), a Pentecostés, a la experiencia comunitaria de los Hechos de los Apóstoles.

Siendo comunidad, la Iglesia es "luz de las gentes" (LG 1), "signo levantado en medio de las naciones" (SC 2), "sacramento universal de salvación" (GS 45). No es el individuo, sino la comunidad quien puede evangelizar. No es el individuo, sino la comunidad quien renueva profundamente a la Iglesia. No es el individuo, sino la comunidad quien puede realizar una contestación efectiva de la sociedad presente, tal y como está configurada. No es el individuo, sino la comunidad, quien puede vivir hoy las señales del Evangelio.

Las grandes iglesias cristianas administran el cristianismo sociológico, como el viejo Israel lo hizo con el judaísmo del tiempo de Jesús, pero se necesita otra cosa: "Dad frutos dignos de conversión, y no andéis diciendo en vuestro interior: Tenemos por padre a Abraham", "ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego" (Lc 3,8-9).

Las órdenes religiosas, desde su origen, tenían el noviciado como tiempo de formación y requisito indispensable para el ingreso. El concilio de Trento (1563) "trató del orden sagrado y dictó decretos sobre la preparación de los futuros sacerdotes, especialmente mediante la fundación de seminarios" (Hertling, 345).

En los primeros tiempos no hay seminarios, hay comunidades, donde se dan diversos carismas, entre ellos el de presidencia (Rm 12, 7-8). Las primeras comunidades cristianas tienen sus dirigentes: apóstoles y presbíteros (Hch 15,23), profetas y maestros (13,1;2 P 3,2), obispos y diáconos (Flp 1,1), evangelizadores y pastores (Ef 4,11). Los términos no son aún fijos ni corresponden con exactitud a los actuales. Los diferentes servicios van apareciendo poco a poco, según los lugares y las necesidades. Hay también profetisas (Hch 21,9) y diaconisas (Rm 16,1).

Algunas precisiones. Francesca Immacolata Chaouqui, que fue consultora de la Comisión de Economía y procesada en el Vatileaks II, no es “italiana-egipcia”, como dice Martel, sino italiana-marroquí, “la hija de un marroquí que se fingía egipcio y que desapareció tres meses antes de mi nacimiento”, dice Francesca en su libro titulado “Nel nome di Pietro” (2017). A comienzos de julio de 2013, Peter Wells, asesor para asuntos generales de la Secretaría de Estado, le pregunta por teléfono si está disponible para ayudar al papa en una comisión de investigación: “Para el santo padre cualquier cosa”, responde Francesca (pp, 88 y 8).

En la Comisión, añade Francesca, “Balda es mi único aliado. Él me hizo entrar en este juego”, “vi en él el celo del reformador y la convicción de que en el Vaticano era el momento del cambio”, “fuera de la Comisión no faltarán enemigos, aunque el papa está de nuestra parte, y no es poco”. De hecho, “el papa ha sido elegido con una misión bien precisa: limpiar la Iglesia” (ibídem, 13-14 y 2).

Temores, dificultades, infundios: “Balda es menos optimista que yo sobre el cambio de guardia en la cúpula vaticana. La llegada del cardenal Parolin es inminente y, por lo que parece, él y Balda no son particularmente amigos. Teme que pueda intentar cerrar la Comisión, pero yo no puedo creer que exista este riesgo”, “tras el bloqueo de cuentas del IOR (método con el que Balda espera conseguir los documentos solicitados), su estrella en la Curia se ha empañado, y él reacciona del modo peor, y él se ha hecho aún más enemigos de los que esperaba”, “dentro de la Comisión la falla abierta entre Balda y Joseph Zahra se agranda cada día”, “Il Giornale publica una historia sobre mí y mis tweets: en uno dice que a Giulio Tremonti se le ha cerrado la cuenta del IOR porque es gay, en otro que el cardenal Bertone es corrupto. Manifestaciones inoportunas y también objeto de querrela, en un medio social. Pero yo esos tweets no los he escrito nunca” (pp. 47-48, 78 y 25).

Dos agentes del servicio secreto español, a petición de Balda, elaboran un “informe de seguridad querido por el papa Francisco”. Dice Francesca: “La investigación describe la seguridad del papa Francisco con el nombre de ‘Objetivo alfa’ y analiza sólo los desplazamientos cotidianos dentro de la Ciudad del Vaticano y no, por tanto, las audiencias y las celebraciones, ocasiones aún más arriesgadas sobre las que volverán a indagar el próximo mayo (2014)”, “vienen descritos los modos en que es posible tener acceso al pontífice y los lugares de la Casa Santa Marta donde el Objetivo alfa suele estar: capilla, corredor, ascensor, comedor, atrio, dormitorio, sala de visitas, biblioteca. Leer un documento en el que se habla del papa como un objetivo me da una fortísima conciencia del peligro. No lo había pensado nunca” (ib., 80-84).

24 de febrero de 2014. Balda, que esperaba ser nombrado secretario general del nuevo Consejo de Economía, se lleva una decepción. Para ese puesto es nombrado Alfred

Xuereb, secretario particular del papa. Es maltés, como Zahra, Caballero de la Orden de Malta (ib., 132).

Opacidad del IOR. Una Nota fechada el 6 de marzo y firmada por Joseph Zahra y Jean-Baptiste de Franssu, miembros de la Comisión de Economía, afirma que la Comisión “no intervendrá en la discusión sobre el futuro del IOR a no ser que lo requiera explícitamente el Santo Padre en persona”, “ahora es competencia de la Secretaría”. El IOR ha quedado siempre fuera del balance de la Santa Sede: “Es una de las muchas peculiaridades de este extraño banco”. Durante mucho tiempo, el IOR ha funcionado como un banco “normal”, si bien sujeto a un régimen fiscal “capaz de eludir todo control judicial, incluso internacional, gracias al status de la Ciudad del Vaticano, un país extranjero en el centro de Roma, con acuerdos privilegiados con el Estado italiano”, “por tanto, nada extraña que, durante decenios, el IOR haya podido ser lavandería del dinero sucio de media Italia, o incluso un poco más: sobornos políticos, sueldos de la mafia, pasaban por el banco del papa” (ib., 43 y 171-172).

30 de marzo. Francesca recibe un mensaje de Balda: “Te debo hablar”. En la Prefectura de Asuntos Económicos, cuyo secretario es Balda, han forzado una caja fuerte. En ella había documentos secretos “sobre el banquero Michele Sindona, sobre los escándalos del IOR, sobre Emanuela Orlandi”, “está el dossier de Emanuela Orlandi, dice Francesca, y entiendo el final de una historia que debe permanecer oculta”, “están los informes de los gastos ‘políticos’ de Juan Pablo II en los tiempos de la Guerra Fría y de Solidaridad”, “está la correspondencia entre el banquero Michele Sindona y el empresario Umberto Ortolani”.

- ¿Y han desaparecido? Por tanto, no son ladrones comunes.

- Sí, responde Balda.

“Esta respuesta seca, dice Francesca, me enciende la luz de alarma. Esta, y su nerviosismo”, “la idea es absurda pero también su actitud lo es. ¿Puede ser él el culpable?” (ib., 144-147), “tras aquél encuentro con el periodista del Espresso el comportamiento de Balda me preocupa” (ib., 156).

En las actas del proceso, Balda afirma haber filtrado los documentos bajo presión de Francesca: “Tras haberlo seducido en una noche de pasión el 27 de diciembre en Florencia, lo tenía en jaque con una letal combinación de sentido de culpa y miedo al escándalo”. Francesca alega que “su madre dormía en su misma habitación” y recuerda las revelaciones que le hizo Balda aquella noche: “su amor”, “el hombre con el que ha convivido nueve meses en el Vaticano”, “no conseguía tolerar la presencia de la madre en casa con ellos, y se marchó”, “si no me dieran ganas de vomitar, sería cosa de reír a carcajadas”, “sé muy bien que ha sido Balda quien ha pasado la información a los periodistas” (ib., 221, 241-242 y 238).

Francesca dice haber visto “el rostro peor de la Curia”: “Siempre pensé que Balda exageraba sobre el lobby gay”, “sin embargo, estoy descubriendo que el desencanto con que mira a sus colegas está del todo justificado”, “el papa Francisco quería una cosa, y los miembros de la Comisión, persiguiendo aquella, han conseguido otra”, “me pregunto si no habría podido actuar de otro modo”, “si debería haber nombrado a Pell” (se refiere al cardenal George Pell “ministro de Economía” del Vaticano), “hasta ahora he pensado

que alguien en la Curia ha apostado fuerte por Pell, convencido de su competencia, a pesar de los escándalos sobre los casos de pedofilia. ¿Y si, en cambio, fuera precisamente la gestión de esos escándalos el punto?“. En el pasado mes de marzo el propio cardenal es condenado a seis años de prisión por abusar sexualmente de dos niños en 1996 y 1997 (13-3-2019). Parece una maldición: “el papa quiere cambiar la Iglesia, pero la Iglesia no quiere cambiar”. ¿Y el Vaticano? “La Gomorra del Vaticano no puede ser reformada, sólo destruida, si Dios lo quiere” (ib., 129-130, 158 y 147).

Hace un mes, cuando empecé a escribir este artículo, el pasaje de Sodoma y de Gomorra se leía en todas las iglesias (Gn 18,20-32). La maldición de Sodoma es símbolo de juicio. El regateo de Abrahán es en favor de los justos que pueda haber. Dios no puede “dejar morir al justo con el malvado” (18,25). Lot, su mujer y sus hijas han de salir fuera de la ciudad sin mirar atrás (19, 17). Actualmente, se puede discutir el porcentaje. Sin embargo, el sistema clerical, como el viejo templo denunciado por Jesús, está condenado: “Ya está el hacha puesto a la raíz del árbol”. Hay que volver a las fuentes de la experiencia comunitaria como clave de renovación eclesial. Para eso fue convocado el Concilio.

Jesús López Sáez

Agosto 2019